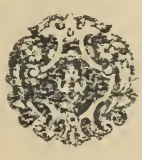
3676

PEDRO MUÑOZ SECA

Doña María Coronel

COMEDIA EN DOS ACTOS



Copyright, by Pedro Muñoz Seca, 1916

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1916

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/donamariacoronel00muno

DOÑA MARÍA CORONEL

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

DOÑA MARIA CORONEL

COMEDIA EN DOS ACTOS

ORIGINAL DE

PEDRO MUÑOZ SECA

Estrenada en el TEATRO LARA de Madrid, el 11 de Noviembre de 1916

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.
TELÉFONO, NÚMERO 551
1916

A Don Joaquín Hazañas y la Rua,
sabio catedrático de la Universidad
de Sevilla y maestro mío queridísimo,

El Autor

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
GABRIELA	Srta. Abadía.
FLORA	Sra. Sánchez Ariño.
CLARITA	Srta. Alba.
MENCÍA	Moneró.
GUIOMAR	Gelabert.
MARCELA	Sra. Illescas.
DUQUE	Sr. Thuillier.
EMILIO	Manrique.
SUÁREZ	Isbert.
PINO	Mora (S.)
MONTOYA	Ariño.
DONATO	Mora (J.)

ACTO PRIMERO

Hall archi-elegantísimo en casa de la Viuda de Peralejo. Una puerta en cada lateral y corredor con galería de cristales en el foro. Es de día: un día de Abril. La acción en Madrid. Epoca actual.

—

(Al levantarse el telón entran en escena por la puerta de la izquierda el DUQUE DE TORRALTA, sus hijas GUIOMAR y MENCÍA, y DONATO, criado de la casa. El Duque es un gran señor, un atildadísimo señor que ya ha cumplido los cincuenta años, pero se da coba y está muy presentable. Guiomar y Mencía son dos muchachas alegres, ligeras, que visten con arreglo al último figurín parisino. Donato, criado, de frac y calzón corto, es digno, por su empaque y apostura, de figurar en la antecámara de Eduardo VII.)

DON. (Con cierto acento británico.) La señora volverá en seguida. Me ordenó suplicara al señor Duque que tuviera la amabilidad de esperarle un momento.

DUQUE Es extraño que aguardando nuestra visita...

DON. La señora recibió un aviso urgentísimo del padre Balboa.

DUQUE ¡Ah, vamos; del padre Balboa! Algo del desayuno escolar o del ropero de Santa Bibiana, como si lo viera.

DON. Sí, señor.

DUQUE Bien.

DON. ¿Me manda algo el señor Duque?

671746

DUQUE Nada, Donato. (Donato saluda y se va por la izquierda.

GUIOMAR (Que no ha cesado de mirar a Donato a través de sus impetinentes.) Tiene buen tipo ese maitre.

MEN. Se da cierto aire al que había en la Embajada de Inglaterra.

DUQUE Como que es el mismo.

GUIOMAR ¡Sí que ha descendido!

DUQUE ¿Descender? ¿Tú crees que desciende nadie por venir a esta casa? Aquí todo es de una corrección suprema.

GUIOMAR (Con cierta burla.) Perdona, papaíto; me había olvidado que estaba en casa de Flora.

MEN. (Idem.) No se dice Flora, Guiomar; ese nombre recuerda tiempos... demasiado remotos. Se dice la señora Viuda de Peralejo. (Ríe.)

GUIOMAR (Riendo también.) Peralejo hermanos, fabricantes de sillas de Vitoria... ¡Ah! Mírale; ahí le tienes. (Señala un retrato al óleo que pende de la pared, el retrato en busto de un señor basto, patilludo y muy condecorado.) ¡Oh! ¡Está magnífico con sus patillas y su gran cruz... (Ríe.)

DUQUE (Severo.) ¡Corrección, Guiomar, corrección!

MEN. ¡Pensar que tan pomposo retrato está llamado a desaparecer! Porque tan pronto como su viuda se convierta en duquesa de Torralta, me figuro que el pobre Peralejo irá a parar a la bohardilla, ¿no, papá?

DUQUE (Quemado.) Vaya, vaya, dejaos de bromas, que pueden oiros y...

MEN. ¿Bromas? ¿Pero vas a negar que piensas casarte con ella?

DUQUE ¡Mencía!

MEN. ¿Vas a decir?...

DUQUE Voy a decir que estais muy mal educadas.

GUIOMAR Muchas gracias, papá.

DUQUE Yo os he educado sin mogigaterías, es cierto, pero siempre dentro de la más absoluta corrección.

GUIOMAR Oye, papá, ¿quieres decirme lo que entiendes tú por corrección? Porque no se te cae la palabra de la boca.

DUQUE Ya ustedes me entienden. Corrección es... Vaya; eso, corrección No faltar a las conveniencias.

MEN. Sí, mujer, por Dios, ¡qué torpe eres! Correc-

ción es... vamos, tener abonada al Real y bastante lejos de nuestra platea a esa... Conchita la Malagueña.

DUQUE ¡¡Mencía!!

MEN. ¿Es que te calumnio?

DUQUE ¡Ya lo creo! Esa joven de quien hablas es..

GUIOMAR Sí, papá, no te tortures. Es, lo que era la dueña de esta casa antes de las sillas de Vitoria.

DUQUE Son ustedes insoportables.

GUIOMAR A esa joven le falta dejar pasar veinte años, encontrar a su Peralejo, enviudar, heredar un par de millones de duros, pertenecer a muchas juntas piadosas y aspirar a ser duquesa para que se olvide del todo lo pasado.

DUQUE (Severísimo.) Es una falta de respeto que no sé cómo me contengo.

GUIOMAR Alguna represalia hemos de tomar del sacrificio que nos obligas a hacer.

DUQUE ¿Sacrificio?

MEN. ¡Claro! ¿Acaso no lo es para nosotras el venir a esta casa?

DUQUE Esta casa es una casa seria y distinguida a la que viene todo el mundo. ¿No vengo yo?

GUIOMAR ¡Bah! Los hombres es muy distinto. Cítame a una sola señora conocida, que visite a tu amiga.

DUQUE ¡Las señoras!... ¡Bah! Ya quisieran esas señoras que se asustan de venir a esta casa, tener las suyas montadas de la misma manera. Aquí no vienen más que personas respetables y correctas. Suárez, el banquero; Montoya, el general; Pino, el magistrado del Supremo; yo... Vamos, una tertulia de la más exquisita corrección.

MEN. Para dormirse, no habrá otra.

DUQUE Y eso es lo que hacen.

GUIOMAR ¿Cómo?

DUQUE Después del té suelen dormirse, pero correctamente; eso sí, avisan primero. (Ríen Guiomar y Mencía.) No tomarlo a broma; es cierto Y la culpa la tiene Pino, el magistrado. Estos magistrados tienen el sueño arraigadísimo. Cualquiera semioscuridad los recuerda la penumbra de la Sala y se duermen. Se pasan el día durmiendo. Luego, es lógico, son des-

graciados en el hogar. Este pobre Pino tiene catorce hijos.

MEN. Papá, corrección.

GUIOMAR ¿Y dices que antes de dormirse lo avisan?

DUQUE Invariablemente. Antes de tomar el té suelen distraernos las rarezas de Suárez, pero luego, ya es sabido, volvemos del comedor, cada uno se sienta en su sitio, siempre en el mismo; yo me pongo a charlar con Flora... (Tosen guasonamente Guiomar y Mencía) Yo me pongo a charlar con Flora, cosa que nada tiene de particular, y lo de siempre, Suárez toma ese libro de poesías de Santa Teresa, lo abre, exclama ¡Santa Teresa! Paisana mía; se cala los lentes, parpadea y a los dos minutos, el libro de la paisana rueda a sus pies.

MEN. Muy divertido.

DUQUE Pino es más cómico: se sienta en aquella butaca, se repantiga, disimula un bostezo, habla de la mala noche que le han hecho pasar los chicos, porque dice que se despiertan a media noche pidiendo... cosas, y como su mujer tiene el sueño pesado, él tiene que actuar de ponente, y al poco tiempo duerme como un bendito. Pero el más seguro de todos es Montoya, el general. Ese se coloca ante la mesa, abre ese album, que contiene unas vistas de Italia, contempla la primera largo rato y exclama indefectiblemente: ¡qué hermoso es el Coliseo!, y se desploma como un tronco sobre sus ruinas.

GUIOMAR Y tú mientras nos vas preparando a la madrastra, ¿no?

DUQUE ¡Y aunque así fuera!

MEN. ¡Hola!

DUQUE Ea; planteemos la cuestión claramente. ¿Os parece mal que me case con Flora? ¿No es así?

GUIOMAR Muy mal.

MEN. Pésimamente.

DUQUE ¿De modo que preferís... lo otro? ¿Que salgamos los tres pidiendo limosna?

GUIOMAR ¡No llegará a tanto!

DUQUE Está bien. No me creais; pero yo os aseguro que sin boda, o sin un milagro del cielo,

antes de tres meses tendremos que mendigar para comer.

MEN. ¿Hablas seriamente?

GUIOMAR ¿Tan completa es nuestra ruina?

DUQUE ¿Completa? No. Más... ¡mucho más!

GUIOMAR De modo que entonces...

DUQUE Para nosotros no hay más que un dilema: o los bancos de la Plaza Mayor, último solar de un Duque de Torralta o los millones de Peralejo.

GUIOMAR (Seria.) Si planteas así la cuestión, ya es otra cosa.

MEN. Y bien distinta.

GUIOMAR Después de todo, hoy por hoy, ¿qué pueden decir de esa mujer?

MEN. Que es un modelo de piedad.

GUIOMAR Creo, papaíto, que debes decidirte.

MEN. Y cuanto antes mejor; la Plaza Mayor me ha parecido siempre muy sombría.

DUQUE Despacio, hijas mías. despacio. Ahora sois vosotras las que correis.

GUIOMAR ¿No nos decías hace poco que Flora era?...

DUQUE Sí, sí. Flora es sin duda una mujer seria, respetable, que llevaría dignamente su rango y doraría nuestros viejos blasones, que bien lo necesitan, pero la gente tiene memoria.

MEN. ¿Qué quieres decir?

DUQUE Que cuando me decido o quiero decidirme a formalizar lo de la boda, me detengo al pensar que deben ser muchos los que recuerden que ella les ponía en otro tiempo claveles en el ojal, como me los puso a mí mismo.

GUIOMAR ¡Si no es más que eso!... Lo que debes hacer es dejarte de escrúpulos.

DUQUE ¿Tú crees?

MEN. ¡Claro, por Dios!

DUQUE (Conmovido.) Sois admirables, hijas mías. Os confieso que me siento orgulloso de ser vuestro padre y de haberos educado bien, sin preocupaciones...

GUIOMAR (Rápidamente.) Escucha: se me ocurre un medio de salvar la situación sin que te cases con Flora.

DUQUE ¿Cuál?

GUIOMAR Casarme yo con el que ha de ser su heredero; con su sobrino Emilio, que es mi *flirt*.

MEN. ¡Tu *flirt*!... ¡Estás fresca!

GUIOMAR Ah, ¿no? ¿Es acaso contigo con quien flirtea?

MEN. Naturalmente.

GUIOMAR Estás loca.

DUQUE Vaya, vaya; no os peleeis. Eso podría ser una solución para vosotras, pero no para mí. Los millones de las sillas de Vitoria no pueden ir a vuestros manos sin pasar antes por las mías.

GUIOMAR Y por las de Conchita la Malagueña.

DUQUE (Molesto.) Nada de sátiras. Eso ya no es correcto y yo no paso por ninguna incorrección.

GUIOMAR Pero...

DUQUE (Que oye pasos.) Silencio. (Viendo a EMILIO, que entra en escena por la puerta de la izquierda.) ¡Oh, querido Emilio!

EMILIO (Saludando.) ¡Señor Duque!... ¡Guiomar!... ¡Mencía!... ¡Qué agradable sorpresa! (Este Emilio es un muchacho de veinticinco años, elegantísimo.)

DUQUE ¿Usted por aquí a estas horas?

EMILIO Mi buena estrella me ha traído sin duda, puesto que me proporciona el placer de encontrarme con esta visita inesperada.

GUIOMAR (Amabilísima.) Hemos venido a saludar a su señora tía.

EMILIO No tardará en volver.

MEN. La esperaremos. Es una señora admirable.

GUIOMAR Verdaderamente admirable. En casa siempre la estamos recordando.

DUQUE Ya no me dejaban vivir con su deseo de conocerla.

EMILIO ¡Ah! ¿Pero ustedes no la conocen?

GUIOMAR Nos presentaron el año pasado, en los ejercicios del Sagrado Corazón, ¡y eso es tan poco!...

MEN. Pero ahora la trataremos. Vendremos a verla con frecuencia.

EMILIO Y ella se lo agradecerá mucho, porque como a esta casa no vienen nunca señoras.

GUIOMAR
MEN. } (Con sorpresa.) ¿Eh?

EMILIO (Rectificando vivamente.) Quiero decir que ella prefiere la compañía de los hombres, de los

hombres serios, naturalmente. Eso le deja mayor libertad para entrar y salir y consagrarse a sus correrías piadosas.

GUIOMAR
MEN. } ¡Ah!

EMILIO Yo la aconsejo constantemente que busque alguien que la acompañe, porque está demasiado sola. Por fin parece que se decide a seguir mis consejos. Según me dijo ayer piensa tomar una señorita de compañía.

DUQUE Hará perfectamente.

EMILIO Sobre todo, dará un poco de alegría a esta casa, que bien la necesita. No hay nada más triste que una casa sin mujeres.

GUIOMAR Y por eso se ha dado usted tanta prisa en buscar una... legítima.

EMILIO ¿Está usted segura de que no la haya buscado? Pero, ¿quién va a hacer caso de mí?

GUIOMAR ¡Ay, pobrecito, que nadie le quiere!

EMILIO Nadie me lo ha dicho por lo menos.

MEN. Pero ¿es que a usted hay que hacerle el amor? Avíselo con tiempo.

GUIOMAR Puede usted avisarlo desde ahora.

EMILIO ¿Serían ustedes capaces de hacérmelo?

GUIOMAR ¡Quién sabe!

MEN. ¡Por mí!... ¡Si me promete usted no darme calabazas!... (Ríen.)

DUQUE ¡Niñas!.. ¡Niñas!... ¿Qué chanzas son estas?

GUIOMAR De poco te asustas, papá.

EMILIO No se enoje usted, señor Duque. Yo sé muy bien la distancia que me separa de sus hijas.

DUQUE No lo digo por eso, ni mucho menos. Hoy con los modernos procedimientos de locomoción, no hay distancias. Es que estas chicas en medio de su candor, dicen unas cosas...

EMILIO ¡Ah, aquí está ya mi tía!

(Por la puerta de la izquierda entra en escena FLORA GONZÁLEZ, la viuda de Peralejo, una mujer como de cincuenta años, pero muy bien conservada, apetitosa aún. Viste con suprema y severísima elegancia.)

FLORA ¡Qué gratísima sorpresa!

DUQUE ¡Flora!

FLORA (A Guiomar y Mencía.) No podeis figuraros el

placer que me produce veros en mi casa, hijas mías. Mi antigua amistad con vuestro padre me autoriza para tutearos. No os enfadareis.

GUIOMAR Al contrario, señora.

MEN. Íbamos a suplicárselo.

FLORA Sabía que ibais a venir, pero recibí un aviso urgente...

GUIOMAR ¿Pero es que va usted a disculparse?

MEN. ¡Por Dios!

FLORA Vengo del Ropero de Santa Bibiana. ¡Qué hermosura, amigo mío! Hay más de diez mil prendas de todas clases. Este invierno no tendrán frío nuestros pobres.

DUQUE Y usted habrá sido, como siempre, la primera y la más generosa de las donantes.

FLORA ¡Bah! ¡Quién piensa en eso! Todas las señoras hemos contribuido... Es decir, todas no. ¿Quieren ustedes creer que ni la marquesa del Almirantazgo, ni la viuda de Romero, que son precisamente la presidenta y la secretaria, han enviado una mala manta siquiera?

GUIOMAR ¿Es posible?

MEN. ¡Qué cosas se oyen!

FLORA Por cierto que acaba de pasarme con ellas una cosa muy desagradable. Estaban allí con el padre Balboa, que es nuestro director, cuando llegué yo llamada por éste y al verme entrar, se levantaron y se fueron sin saludarme.

DUQUE ¡Qué grosería!

GUIOMAR ¡No se concibe!

FLORA No me extrañó mucho, porque días pasados me ocurrió lo mismo con la Vizcondesa del Condal.

MEN. ¿De veras?

DUQUE ¡Es inaudito!

FLORA Yo creo que esas señoras se han propuesto obligarme a que no vuelva por la asociación, y crean ustedes que ya lo habrían conseguido si no fuera porque Dios manda perdonar los agravios y sobre todo porque el bien de los pobres está por encima de toda otra consideración.

DUQUE ¡Qué alma tan grande!

GUIOMAR Todo eso no es más que envidia.

EMILIO Eso mismo le digo yo siempre.

FLORA ¡Por Dios! ¿Envidia de mí? Yo comprendo que esas señoras tienen una posición social muy superior a la mía, y si yo fuera a buscarlas a sus casas o pretendiera que ellas viniesen a la mía, me explicaría sus desdenes, pero la piedad no debe de entender de clases y al encontrarnos asociadas en una obra piadosa, creo que debían bajarme la cabeza por lo menos.

DUQUE (Con calor.) Debían respetarla como usted merece, ya que no saben imitarla en el desprendimiento; pero esté usted tranquila, eso no durará.

FLORA ¿Eh?

DUQUE Esas señoras tendrán que humillarse ante usted, yo se lo aseguro. (Tose Guiomar al Duque.)

FLORA (Encantada.) ¡Querido amigo!

EMILIO (¡Malo, malo!...)

FLORA Pero, en fin, hablemos de otras cosas más gratas. No hay que entristecer a estas niñas la primera vez que vienen a verme.

GUIOMAR Nosotras somos ya casi de la familia.

FLORA Y eso me satisface muchísimo, hija mía. (Tose el Duque a Guiomar.) Fortuna ha sido que este pícaro de Emilio haya tenido la buena ocurrencia de estar en casa hoy. Siempre es más alegre la compañía de un joven que la de una pobre vieja.

MEN. ¿Usted vieja?

GUIOMAR Pero si está hecha una muchacha.

FLORA ¡Jesús, qué disparate!

GUIOMAR No es por adularla, pero es usted una especie de Ninón de Lenclos.

EMILIO (¡Atiza!)

DUQUE (¡Qué ocurrencia!)

FLORA ¿Quién fué esa Ninón?... No recuerdo...

DUQUE (Con viveza.) Una señora de grandes virtudes; una gran dama de la Corte de Luis XIV, esposa de un mariscal de Francia.

FLORA ¡Ah!

MEN. No olvides, papá, que a las cinco hemos de estar en casa de la modista.

DUQUE Es verdad. (Se pone de pie.)

FLORA ¿Se van tan pronto?

DUQUE — Yo volveré a tomar el té, pero estas andan de trapos esta tarde.

FLORA — Siendo esa le causa no quiero detenerlas. ¿Vendrán a verme con frecuencia?

GUIOMAR — Ya lo creo que vendremos.

MEN. — Gracias, muchas gracias. (Besándola.)

FLORA — Hasta otro día, ¿eh?

MEN. — (Besándola también.) Sí, sí, hasta muy pronto.

GUIOMAR — Adiós, Emilio.

EMILIO — Adiós.

MEN. — (A Emilio.) No nos guardará rencor por lo de antes.

EMILIO — ¡Por Dios!

DUQUE — (Despidiéndose de Flora.) Crea usted, Flora, que me ha llegado al alma este rasgo delicadísimo...

FLORA — Ya sabe usted que las quiero como hijas.

DUQUE — Hace usted bien. Acabarán por serlo. (Mutis de Guiomar, Mencía y el Duque por la izquierda.)

EMILIO — (Repantingándose en una butaca y encendiendo un cigarrillo.) ¿Cuándo es la boda? ¿Se ha fijado el día?

FLORA — ¡Pero que nunca has de hablar con formalidad!

EMILIO — Crea usted, queridísima tía, que jamás he hablado con mayor formalidad. Me preocupa demasiado este asunto para echarlo a broma.

FLORA — ¿Tanto interés te inspiro?

EMILIO — No creo necesitar hacerle protestas de cariño, pero, hablándole con franqueza, le confesaré que ahora no me guía solo el interés hacia usted, sino el mío propio.

FLORA — ¿Qué tiene que ver tu interés con que yo me case o no? Supón que me decidiera a aceptar la mano del Duque... ¿Qué tendrías tú qué hacer?

EMILIO — Pues... una cosa muy fácil o muy difícil, según se considere... casarme también. (Ríe Flora.) Ría usted cuanto quiera, pero le aseguro bajo palabra de honor que el mismo día que deje usted de ser viuda, dejaré yo de ser soltero.

FLORA — Pero, ¿tienes novia?

EMILIO — La tendré mañana, si es necesario.

FLORA — ¿Y quién es la favorecida? ¿La conozco yo?

EMILIO Acaba de salir de aquí.

FLORA ¡Una de las hijas del Duque! Hombre... eso me gustaría. ¡Si hablases formalmente!...

EMILIO No cabe mayor formalidad.

FLORA Escucha, ¿cuál de ellas?

EMILIO Me es lo mismo. La que usted escoja. Las dos me hacen el amor, o se lo hacen al dinero de usted, para el caso es igual. Creo que hasta van a ahorrarme el trabajo de la elección; porque cuando sepan que estoy resuelto a ser el marido de cualquiera de ellas, se matan, es decir, una mata a otra y entonces me caso con la superviviente.

FLORA (Sentándose junto a Emilio.) ¿Y por qué se te ha ocurrido esa idea?

EMILIO Por evitarle a usted preocupaciones. El día en que sea usted duquesa de Torralta, dejo yo de ser su único pariente. Tendrá usted un marido; será usted madrastra de sus hijas; se preocupará, como es natural, por el porvenir de su nueva familia y entonces, cierto papel que me ha enseñado usted varias veces y que guarda usted en aquel cajón...

FLORA ¡Ah! Mi testamento...

EMILIO Eso es, el testamento en que me nombra usted su heredero universal tendrá que modificarse. Usted no sabrá qué hacer: luchará entre el cariño que me tiene y el deseo de complacer a su marido que querrá que mire usted por sus hijas... Pues yo le resuelvo ese conflicto con mi boda. Así todo se arregla. Lo que haga usted por mí lo hace al mismo tiempo por la hija de su marido, y lo que haga por la hija de su marido lo hace al mismo tiempo por mí y... todo se queda en casa. Soy un hombre práctico a la vez que afectivo.

FLORA Práctico sobre todo.

EMILIO Y afectivo también, querida tía. Cien veces se lo he demostrado y esta misma conversación es la mejor prueba del cariño que le tengo.

FLORA Puesto que tú lo afirmas...

EMILIO Si yo no temiera darle un disgusto le diría lo que pienso de esa boda.

FLORA Qué, ¿no te parece bien?

EMILIO No, señora.

FLORA (Un tanto indignada.) Creí que después de lo que acabas de oirme contar, te parecería justo que quisiera obligar a esa gente a respetarme.

EMILIO ¿A qué gente?

FLORA A esa que me desprecia.

EMILIO ¡Si viera usted qué poco vale ese mundo!

FLORA Para poder desdeñarlo deseo entrar en él.

EMILIO Caro va usted a comprar el título de Duquesa. ¿Cree usted que va a ser feliz con ese hombre?

FLORA A mi edad ya no hay pasiones, Emilio. Tendré por él una buena amistad basada en la estimación.

EMILIO En la estimación es en lo que no podrá usted basarla.

FLORA ¿Por qué?

EMILIO Precisamente por ser su marido quien es.

FLORA ¡Bah! No es cosa tan rara, que un hombre busque en el matrimonio el medio de rehacer su fortuna.

EMILIO Conforme, si usted no hubiera sido nunca otra cosa que la mujer de mi tío; pero hay que mirar más lejos, mucho más lejos...

FLORA ¿Eh?

EMILIO No la acuso. La vida es muy dura a veces, y cuando se lucha con el hambre, todos los medios son buenos con tal de triunfar; pero usted misma debe comprender que un hombre que se llama Torralta y que no vacila en casarse con una mujer que ha sido...

FLORA (Desencajada, trémula.) ¡¡Emilio!!... Pase por ser la primera vez, pero si vuelves a decir lo que has dicho... ¡a pensarlo siquiera!... haz cuenta de que habrás muerto para mí.

EMILIO (Asustado.) No quise ofenderla.

FLORA Pero me has ofendido. Vete.

EMILIO ¡Yo le aseguro, querida tía!...

FLORA ¡Basta, te digo! ¡Déjame!

EMILIO Sin que usted me perdone no he de salir de aquí, tía Flora. Le pido perdón sinceramente.

FLORA (Dulcificándose.) Está bien. Te perdono.

EMILIO (Tomándole la mano con mimo.) ¿Del todo? ¿Sin que quede ni la más ínfima molestia?

FLORA Del todo. Y para que no quede huella de lo pasado, te autorizo a que te pases mañana por el escritorio y le pidas a Montero de mi parte otras cinco mil.

EMILIO ¡Es usted un ángel!

FLORA ¿Comerás hoy conmigo en recompensa?

EMILIO Hoy... no se lo aseguro, pero luego volveré a vestirme y le haré un rato de compañía antes de comer. (Consulta el reloj.) Ahora me voy escapado.

FLORA ¿Adónde vas tan deprisa?

EMILIO A... Pues que... Vaya, que no quiero aguardar a mañana. Voy a ver si cojo aún a Montero en el escritorio.

FLORA (Riendo.) Estás tú bueno.

EMILIO Hasta después.

FLORA Adiós, ingrato.

EMILIO Y mil gracias.

FLORA ¿Mil?

EMILIO O cinco mil: a gracias por peseta. (Hace mutis por el foro izquierda)

FLORA (Hace sonar un timbre.) Las seis ya. Se me ha ido la tarde en un vuelo

MARC. (Doncella, por el foro.) ¡Señora!

FLORA Me ha dicho Donato que ha estado aquí doña Clarita Enciso y que habló con usted.

MARC. Sí, señora. Me encargó dicha señora dijese a la señora, que esa señorita que ha de acompañar a la señora vendrá esta tarde a ver a la señora de parte de la señora, y agregó dicha señora que si la dejaban libre unas señoras de no recuerdo qué Junta de señoras, vendría a ver a la señora. . ¡Señora!...

FLORA Sí, puede retirarse ¡Ah! Tomaremos el té en el comedor.

(Marcela se inclina y se va.)

(Por la puerta de la izquierda entran discutiendo acaloradamente PINO y SUÁREZ. Pino es un señor como de sesenta años, muy calvo, calvísimo. Viste de levita. Suárez es un hombre como de cincuenta años, de facciones duras y cara rígida. Viste con un gusto detestable.)

SUÁREZ (Dentro.) ¡No, querido Pino: no y no!

PINO ¡Pero discurra usted, amigo Suárez!

SUÁREZ ¡Le digo a usted que no!

FLORA Vengan ustedes con Dios, amigos míos.

PINO ¡Oh! ¡Querida Florita!... (Le estrecha la mano.)

SUÁREZ (Idem, y con una seriedad catoniana.) Muy buenas tardes, señora.

FLORA ¿Venían ustedes discutiendo como siempre?

PINO Dirá usted mejor regañando. Con este Suárez no es posible discutir. Se aferra a una idea y ni a empujones le separa usted de ella. Es testarudo como un salto de agua. Como él diga que la tinta es blanca ya puede usted echarle un chapón en un puño: ve la mancha y dice, caramba, una gota de cal. (Ríe Flora.)

SUÁREZ Exageraciones, no, querido Pino. Lo que me ocurre es que, en mis discusiones, que siempre son serias, no tolero el chiste. Bueno, yo no tolero el chiste en ninguna parte, ni en ningún momento. Yo no me he reído jamás, ni espero reirme. Y es claro, me molesta muchísimo el que en una polémica seria intercale usted una de esas frases que usted llama ingeniosas y que a mí, francamente, me crispan los nervios.

FLORA No concibo su manera de ser, amigo Suárez. ¿Es posible que no haya usted reído nunca?

SUÁREZ Nunca, señora. Le diré más: el oir una carcajada me hace daño. (Pino ríe a carcajadas y Suárez le mira como un basilisco y se estremece.) Yo no estoy hecho para reir. Hay quien contrae los músculos de la cara y pone cara de risa, yo los contraigo y vea usted. (Hace una mueca trágica, horrenda.)

FLORA (Conteniendo la risa.) ¡Por Dios!

PINO (Riendo a carcajadas.) ¡Graciosísimo!

SUÁREZ Le suplico, amigo Pino, que modere esas expansiones.

PINO Pero vamos a ver. ¿Usted si no ríe, quiere decirme qué hace cuando está alegre?

SUÁREZ Yo no estoy nunca alegre. Tomando la vida en serio, como hay que tomarla, no es posible estar nunca alegre. Se puede estar satisfecho, tranquilo, cómodo, pero alegre, jamás.

PINO Pues yo hay ratos que estoy alegrísimo.

SUÁREZ No lo creo. Un magistrado con catorce hijos

y sin más entradas que un sueldo mezquino...

PINO — Es que yo tengo más entradas que usted.

SUÁREZ — ¿Cómo?

PINO — A ver si no va a tener buenas entradas un calvo. (Ríen Pino y Flora.)

SUÁREZ — (Levantándose y mirando a Pino torvamente.) Yo hablo siempre en serio, señor Pino, y usted lo sabe. (Se sienta junto a la mesa y hojea un periódico.)

MONT. — (Por la puerta de la izquierda.) Buenas tardes.

PINO — Hola, General.

SUÁREZ — Buenas tardes.

MONT. — (Saludando a Flora.) ¿Qué tal desde ayer?

FLORA — Muy bien, General; muchas gracias.

MONT. — ¡Cómo! ¿Aún no ha venido el Duque?

FLORA — No tardará.

PINO — Es temprano. (Consultando su reloj.) Poco más de las seis.

SUÁREZ — Poco menos dirá usted. Las seis van a dar.

PINO — Ya han dado, amigo mío. En mi reloj, que es muy fijo, son las seis y diez minutos.

SUÁREZ — A mí no me importa su reloj de usted. Van a dar.

PINO — (A Flora.) ¿Ve usted? Esa es su manera de discutir.

SUÁREZ — Van a dar.

PINO — A ver: pruebas.

MONT. — Claro. Pruebas.

(Suena una campana de Iglesia, dentro.)

SUÁREZ — Cuente usted; así discuto yo.

PINO — (Contando.) Tres... cuatro... cinco... seis... siete.. ocho... Usted dirá hasta cuándo...

(Risas. La campana sigue sonando un instante más.)

SUÁREZ — (Amoscadísimo.) ¿Qué campana es esa?

PINO — La de Huesca.

FLORA — Son las monjas que están doblando.

SUÁREZ — ¿Cómo doblando?

MONT. — Doblando, hombre; que en vez de seis campanadas dan doce.

(Risas.)

PINO — Bravo, General.

SUÁREZ — (Clavándose las uñas.) (Acabaré por no venir a esta casa.)

DUQUE — (Por la izquierda.) Desde la escalera he oído vuestras risas y me figuro el motivo de ellas.

(Saluda a todos.)

PINO — Hombre, a ver si lo aciertas.

DUQUE — Sin duda os está hablando Suárez del estreno de anoche.

MONT. — ¡Cómo! ¿Pero estuvo usted anoche en el estreno de esa astracanada que tanto han celebrado en todas partes? ¡Hola, hola!

DUQUE — En primera fila. ¡Y se rió!

SUÁREZ — ¡Falso! Eso no puede usted afirmarlo, señor Duque. Asistí al estreno, es muy cierto, pero no me reí.

FLORA — Asistió usted, que ya es algo.

SUÁREZ — Entré engañado, señora; completamente engañado.

FLORA — No me lo explico.

SUÁREZ — Es sencillísimo. Al pasar por el teatro en mi automóvil, que iba por cierto a bastante velocidad, leí que anunciaban *El puñal del Godo,* y como esa obra es mi predilecta por haberla yo representado en mis mocedades...

DUQUE — ¡Hola!

SUÁREZ — Sí, señor; yo he hecho el don Julián.

DUQUE — ¡Oh! Es un papel muy bonito. Aquello de: «¡Don Julián, que tienes madre!...»
(Risas.)

SUÁREZ — (Crispado.) ¡Querido Duque!

FLORA — Continúe usted, amigo mío; no les haga usted caso. Están hoy como chicos revoltosos.

SUÁREZ — Pues le decía, que leí *El puñal del Godo,* y mandé en el acto por una butaca de primera fila. ¡Válgame Dios! ¡Qué rato tan amargo pasé! No he sufrido mayor decepción en mi vida.

FLORA — ¿No era *El puñal del Godo?*

SUÁREZ — No, señora; yo había leído mal. Era una astracanada indigna que se titulaba *El puñal delgado.*
(Risas.)

FLORA — Válgame Dios.

SUÁREZ — ¡Una obra disparatada, plagada de chistes!... ¡Y qué chistes, amiga mía!... Un señor que se llama del Cerro y padece de vegetaciones. (Risas.) ¡Todos así! ¡Me puse enfermo!... Y la gente reía hasta enloquecer.

DUQUE — Como que fué un exitazo enorme.

MONT. — En el Ministerio no se ha hablado hoy de otra cosa.

PINO — Ni en el Tribunal.

SUÁREZ — Hasta los críticos reían, señora. Por fortuna luego han rectificado. He visto con júbilo esta mañana que casi todos los periódicos pegan duramente a la obra.

DON. — (Por la izquierda.) ¿Señora?

FLORA — ¿Qué, Donato?

DON. — Doña Clara Enciso, desea hablar a la señora.

FLORA — ¡Ah! Clarita. Dígala que pase. (Vase Donato.)

DUQUE — ¿Quién es?

FLORA — Una excelente amiga. Persona de modesta posición, pero de grandísimas virtudes. Una señora piadosísima. La que me ha proporcionado a esa señorita de compañía de quien hablé a ustedes ayer.

PINO — ¡Ah!

MONT. — Per fin se ha decidido usted ..

FLORA — Sí; vivo demasiado sola, general.

DUQUE — (Aparte a Flora.) De eso tenemos que hablar mañana mismo, Flora.

FLORA — (Ruborosa y disimulando mal su alegría.) ¡Duque!...

DUQUE — Mañana mismo.

FLORA — (Viendo entrar a Clara, por la puerta de la izquierda y saliendo a su encuentro.) ¡Oh! ¡Clarita! (La estrecha las manos.)

CLAR. — (Muy azorada al ver a todos de pie.) ¡Por Dios!... ¡Quietos! Siéntense. No soy nadie. No ha entrado nadie. No se molesten por esta humildísima servidora de ustedes. (Hace una cómica reverencia. Esta Clara Enciso, cumplió los cincuenta el año pasado y es fea como cualquier pecado que no sea el original. Viste hábito de Jesús o de San Francisco, o del Carmen, cualquiera, y se toca con un sombrero algo ridículo.)

FLORA — Siéntese, Clarita. (Se sientan todos.)

CLAR. — (Sentándose.) Gracias mil.

FLORA — Sé que ha estado usted aquí hace un rato.

CLAR. — Justo. Vine a decirle... o comunicarle (Cada vez que repite un mismo concepto con palabras distintas, mira a la reunión como diciendo: fíjense en que sé decir las cosas de varias maneras.) que Gabrielita Santa Cruz, mi recomendada, vendría esta misma tarde a ponerse a sus órdenes.

FLORA — Muy bien.

CLAR. — El salario.,. o remuneración, le ha parecido

fabuloso. Está loca de alegría. Y yo, agradecidísima, amiga Flora.

FLORA ¡Por Dios!

CLAR. No tiene usted idea del bien que hace protegiendo a esa criatura y librándola de las asechanzas del mundo. Una joven tan linda está siempre tan expuesta ..

DUQUE ¡Oh! Es bonita, ¿eh?

CLAR. Un sol, caballero.

MONT. ¡Hola!

CLAR. Precisamente, en su hermosura estriba su desgracia o infelicidad.

PINO Pues no se comprende.

CLAR. ¡Ay, caballero! En este país, para la mujer que aspire a ganarse honradamente el sustento, es un grave peligro la hermosura. El caso de Gabriela lo demuestra. La pobre Gabriela no llamó a una puerta que no se abriese a su aldabada... o aldabadazo... o aldabonazo, pero no pudo convivir en parte alguna. Miren ustedes, entró como mecanógrafa en casa de «Pequeño Hermanos y Compañía»,» una entidad bancaria importantísima como ustedes saben, y a los cinco días le hacían el amor el ayudante de caja, uno bajo, que está allí de principal, un tal Mesa, que está de tenedor y el más chico de los Pequeños. Y todos escribiéndole misivas incendiarias, enviándole recaditos molestos, proponiéndole insensateces.

FLORA ¡Pobre criatura!

CLAR. Hasta un vejestorio: un señor Rueda que iba allí con frecuencia a girar, se permitió enviarle entre dos letras otras dos letras que eran una injuria. Claro, la muchacha tuvo que irse. No sé cuántos talleres y oficinas ha recorrido sin poder arraigar en ninguno, despertando en todas partes codicias insanas, provocando pasiones en las que jamás puso ni una mirada que las justificase y oyendo en todas partes la misma tarabilla o canzoneta. «No trabaje usted... No sea usted infeliz... La que puede ganar millones con solo un poco de amabilidad, no debe aspirar a ganar honradamente un jornal miserable.»

DUQUE (Con la mayor naturalidad.) ¡Claro!

CLAR. (Asombrada.) ¿Eh?

DUQUE (Rectificando.) Digo que por desgracia ocurre en este país lo que está usted contando. Hay mucha gente... incorrecta. Ya lo dijo el poeta que lo dijo: «¡Ay, válgame Dios de la que nace hermosa!...

CLAR. Es verdad. Pero crea usted que esto no ocurría antes. Yo he tenido veinte años y si bien no he sido mecanógrafa, porque cuando yo cumplí los veinte, Hamond y Yoslactaban, puedo asegurar a ustedes que jamás me molestó hombre alguno.

DUQUE No lo dudo, señora.

CLAR. Claro que hay pocas mujeres que superen en atractivo a Gabrielita Santa Cruz, porque no es solo su belleza, es su distinción, su educación, sus simpatías las que la hacen aún más atrayente.

FLORA Creo que pertenece a una familia distinguida venida a menos, ¿no?

CLAR. Venida a menísimo, amiga Flora. ¡Una gran familia! Pero la desgracia es como ciega apisonadora que lo mismo aplasta al innoble guijarro que al pulido brillante que cayó inadvertido en una pechera masculina.

SUÁREZ Muy bonito.

CLAR. (A Suárez.) Gracias mil.

MARC. (Por la derecha.) El té está dispuesto. Pueden pasar cuando gusten al comedor.

DUQUE Santa palabra.

FLORA ¿Nos acompaña usted, Clarita?

CLAR. No, muchísimas gracias. Entre horas no puedo tomar nada.

FLORA ¿Es promesa?

CLAR. Es hipercloridia.

FLORA No insisto entonces.

CLAR. Además, que mi marido me está esperando desde las cuatro y como son muy cerca de las siete, temo que se impaciente.

DUQUE ¡Ah! ¿Pero es usted casada?

CLAR. Sí, señor.

DUQUE ¡Oh!...

FLORA Su esposo es Godoy...

DUQUE ¿Daoiz?

FLORA Godoy, el famoso organista y compositor.

DUQUE ¡Ah! Godoy. Muy nombrado.

CLAR. El pobre es ciego.

DUQUE ¡Claro!

CLAR. ¿Eh?

DUQUE Digo que quién no le conoce.

CLAR. Honradísima, señores. Querida Flora...

FLORA Adiós, Clarita, adiós.

CLAR. ¿Señores?... Ya volveré a saber qué impresión le ha producido mi recomendada. (A Flora que intenta acompañarla.) No, no, no. De ningunísima manera. Conozco la vía. (Ya en la puerta y muy reverenciosa.) ¿Señores?... Honradísima. (Se va por la izquierda.)

DUQUE Es una mujer muy divertida.

PINO A mí me ha hecho reir y a Suárez también.

SUÁREZ Haga usted el favor de dejarme en paz.

FLORA Cuando ustedes quieran.

PINO Sí, que yo a las siete en punto tengo que estar en casa.

MONT. Y yo en el Senado, que hay votación.

SUÁREZ Entonces nos iremos juntos.

DUQUE También yo tengo que recoger á esa hora a mis hijas. (Inician el mutis por la derecha.)

PINO Florita se encargará de avisarnos.

FLORA Muy bien. A las siete dispersión general. (Se van por la derecha.)

EMILIO (Contando unos billetes, entra en escena por el foro izquierda.) Cinco mil. Perfectísimamente. Mi tía es un ángel, Montero otro ángel y yo tengo muchísimo ángel. (Hace sonar un timbre y entra Marcela por la derecha.)

MARC. Señor.

EMILIO ¿Dónde está la señora?

MARC. La señora, señorito, está en el comedor con los señores que toman el té todas las tardes con la señora, señorito.

EMILIO Bien; pues si alguien pregunta por mí, di que no estoy en casa. Voy a vestirme. ¡Ah! Telefonea a la cochera: que a las siete en punto esté aquí la berlina. (Se va por el foro izquierda. Marcela hace mutis por la derecha.)

DON. (Por la puerta de la izquierda.) Pase usted, señorita.

GAB. (Entrando.) Gracias.

DON. Haga el favor de aguardar. Avisaré a la señora.

GAB. Muchas gracias.

DON. (Comiéndosela respetuosamente con los ojos.) (¡Vaya si es bonita!) (Hace mutis por la derecha, no sin antes volver la cabeza y recrearse en Gabriela.)

GAB. (Tras un gesto de cómica resignación.) Le he gustado a este Lord. ¡Bueno! (Examinando la habitación.) La casa es lindísima. ¡Dios mío!, que sea este por fin el refugio tranquilo que tanto anhelo!... ¡Hacedl , Dios mío; si no por mí, por ella: por mi madre!...

DON. (Por donde se fué.) La señora saldrá en seguida.

GAB. Muchas gracias. (Donato se va por la puerta de la izquierda recreándose en Gabriela y mordiéndose el labio inferior. Gabriela ni siquiéra le mira. Bueno, esta Gabriela, que frisa en los veinte años, es una criatura como para morderse uno algo. Monísima, simpatiquísima, lindísima y otros cuantos ísimas. Viste con una sencillez encantadora, pero es de esas mujeres que hasta encendiendo la lumbre resultan elegantes. Ni que decir tiene que viene de sombrero. Un sombrerito hecho en casa, pero bien hecho.)

FLORA (Por la derecha.) Buenas tardes.

GAB. Señora...

FLORA Es usted la recomendada de Clarita, ¿verdad?

GAB. La misma. Gabriela Santa Cruz, para servir a la señora.

FLORA Siéntese.

GAB. (Sentándose.) Gracias.

FLORA Tengo de usted las mejores referencias, y, por tanto, creo inútil decirle...

GAB. (Con viveza.) ¿Que me admite usted en su casa?

FLORA Desde este instante y con un verdadero placer.

GAB. (Levantándose atolondradamente y con gran alegría.) Gracias, gracias. No sabe usted el bien que me hace. Se lo agradeceré toda mi vida. (Conteniéndose y volviendo a su actitud modesta.) Perdón, señora. Yo soy un poco atolondrada y no sé contenerme...

FLORA La sinceridad y la franqueza son las cualidades que yo estimo más.

GAB. Pues creo que las encontrará usted en mí... No sé si me bastará con ellas para que la señora esté satisfecha de mis servicios.

FLORA Yo busco, más que una servidora, una com-

pañera, una amiga; y por lo que me han dicho y por lo que veo, me parece que he encontrado lo que buscaba.

GAB. La señora me favorece...

FLORA Sé que es usted una joven de gran mérito: virtuosa, buena hija...

GAB. Procuro cumplir con mi deber.

FLORA No todas lo cumplen, y menos siendo lo que es usted. Las tentaciones y los peligros deben ser más frecuentes cuando se tiene una cara como la suya.

GAB. (Rápidamente.) Por Dios, señora... ¿usted también va a decirme?...

FLORA (Sonriéndose.) Tiene usted razón... Perdóneme. Ya me han contado que la mayor de sus desventuras consiste tal vez en ser tan sujestiva.

GAB. Yo no sé si soy... eso que usted dice. Lo que puedo asegurarle es que ese es el obstáculo que me encuentro en todas partes para ganarme honradamente la vida, que es mi único deseo. Por decir que no soy fea, o no quieren recibirme o me echan de donde me reciben: dicen que distraigo, que perturbo... Y menos mal cuando no me ofenden encima; porque otras veces... trabajo me cuesta repetirlo, pero me dicen que no tengo derecho a pretender un jornal; que la que puede buscarse de un modo... *más fácil* la vida, no debe hacer competencia a las obreras. ¡Como si yo no pudiera ser una obrera también!

FLORA ¡Pobre criatura!

GAB. Yo no tengo más que una aspiración: mantener a mi madre y ser buena. ¿Por qué no me han de dejar serlo?

FLORA Dios ha querido traerla a mi casa. Yo seré su amparo. Cada vez me inspira usted una simpatía más profunda, y espero que acabaremos por ser amigas excelentes. ¿No lo cree usted también, hija mía?

GAB. (Con alegría infantil.) No me pregunte usted eso, señora, si no quiere que me ponga a bailar, como si tuviera diez años. Lo que me propone es una felicidad con la que no me hubiera atrevido ni a soñar siquiera... ¿Usted sabe lo que es para mí, no sólo en-

trar en su casa, sino encontrarme en ella con esta bondad, con este cariño?...

FLORA Cariño que no dudo se aumentará, porque estoy segura de que usted cumplirá fielmente con sus deberes, que por lo demás, no son difíciles de cumplir. Todo se reduce a que me acompañe, a que me ayude en las tareas de la casa, a que me lea algún rato, y, sobre todo, a que dé un poco de alegría a la soledad en que vivo.

GAB. Lo último espero que me sea más fácil, porque yo tengo el genio muy alegre. Ya lo verá la señora.

FLORA Sí: ya veo que, a pesar de sus desgracias, no está usted muy entristecida.

GAB. ¡Ay, señora! ¡El estar triste me cuesta un trabajo!... Mi madre dice que llevo dentro un pajarillo, porque en casa siempre estoy cantando. Por mucho que se me cierre el horizonte, no dejo de estar contenta. Y es que no me falta nunca la esperanza; que siempre me estoy diciendo: «Ya vendrán tiempos mejores.» Por algo me compara mi madre con los pájaros. Soy como ellos. Cuando arrecia la lluvia me refugio bajo la primera rama que me encuentro, y apenas luce un rayo de sol, ya estoy cantando otra vez.

FLORA Para su madre será un gran consuelo esa alegría.

GAB. Sí, señora. Tal vez por eso me la ha dado Dios.

FLORA ¡Pobre! Venida tan a menos, después de haber estado en una posición brillante, y además enferma, imposibilitada...

GAB. ¡Y si fuera eso solamente!...

FLORA ¿Tiene otras penas?

GAB. La más grande de todas... Ya sabe usted... Mi hermana ..

FLORA No sé.

GAB. ¿Cómo? ¿La señora de Enciso no le ha contado?. .

FLORA No. Ni sabía que tuviera usted una hermana.

GAB. Por desgracia la tengo.

FLORA Estará sin duda en situación tan precaria como ustedes, ¿no?

GAB. (Con mucho rubor y timidez.) No, señora Ella tiene joyas y automóviles y una casa espléndida... según dicen.

FLORA ¿Cómo según dicen? ¿Ustedes no la visitan? ¿Ella no les ayuda?...

GAB. Cuantas veces ha querido hacerlo, la hemos rechazado. Mi madre sería capaz de morirse de hambre antes que aceptar nada de ella.

FLORA ¿Por qué?

GAB. ¿No lo adivina usted?... (Sin saber cómo explicarse.) Mi hermana... ha sido... cobarde. Esa es su disculpa. No ha sabido sufrir. Ha tenido miedo a la miseria

FLORA (Compadeciéndola.) ¡Válgame Dios'

GAB. El tormento más cruel de mi madre no son sus privaciones, ni sus padecimientos, sino el pensar en su hija, en su deshonra, que nos alcanza a todos. ¿Comprende usted ahora que yo tenga tanto empeño en que me dejen ser buena? ¿Qué sería de aquella pobre vieja si yo me pareciese a mi hermana? En nuestros días de mayor angustia, en los mismos días en que ha llegado a faltarnos hasta el pan, yo notaba que ella se sonreía y casi olvidaba sus penas cuando me veía a su lado, tratando de distraerla con mi charla y con mis canciones; y era porque se decía a sí misma, y eso bastaba para consolarla: «Esta no es como la otra; esta es buena.»

FLORA (Conmovida.) Y lo será usted siempre, Gabriela: quiero llamarla por su nombre desde ahora, porque la protección que necesita contra las asechanzas del mundo, la ha encontrado en mí. Yo velaré por usted.

GAB. ¿Cómo podré pagarle?...

FLORA Su historia me ha interesado profundamente. Le dije antes que buscaba en usted una compañera, y estoy viendo que va usted a acabar por ser una especie de hija...

GAB. (Contentísima, besándole una mano.) ¡Señora... qué felicidad!

FLORA Yo le respondo de que su madre podrá mirarse siempre en usted con orgullo. Su madre y... alguien más, porque estoy segura de que en ese corazón tan sano y tan noble no es únicamente el amor filial el que tiene

cabida: debe haber también algún otro... Vamos, ¿he acertado?

GAB. (Azorada.) Tal vez... Tengo veinte años, señora.

FLORA Pues desde este instante me declaro protectora de ese mortal afortunado. Usted me lo presentará...

GAB. (Tristemente.) Está muy lejos, señora. En América. Ha ido a buscar el porvenir de nuestro cariño.

FLORA La de todos los amantes sin fortuna. América. ¡El país de los sueños!

GAB. De los sueños... que alguna vez se realizan.

FLORA Ya trataremos de que esta vez sea una de ellas. (Levantándose.) Y basta, porque estoy cayendo en falta. Voy a llamar para que la enseñen su cuarto. (Hace sonar un timbre.) Un cuartito muy mono, con mucho sol, que espero será una buena jaula para que cante ese pajarillo de que hablaba usted.

GAB. (Conmovida.) En este momento soy tan sumamente dichosa, que más que de cantar y de reir, es de llorar de lo que siento impulsos.

MARC. (Por la derecha.) ¿Señora?

FLORA Marcela, póngase a las órdenes de la señorita Gabriela Santa Cruz, enséñele su habitación y haga saber a toda la servidumbre que desde ahora esta señorita merecerá para todos igual respeto e igual consideración que yo misma.

GAB. (Comiéndose las lágrimas.) ¡Gracias, señora! ¡Muchísimas gracias!

FLORA ¡Por Dios!.. Aquí la aguardo.

MARC. Por aquí, señorita.

GAB. Gracias. (Se van por el foro derecha.)

FLORA (Viéndola ir.) Si es cierto que la cara es espejo del alma, pocas almas habrá tan hermosas como la suya. (Ruido de voces dentro. Acercándose a la puerta de la derecha, por donde entran en escena el DUQUE, SUÁREZ, PINO y MONTOYA.) Perdón, amigos míos...

PINO No nos ha gustado este escamoteo, querida Flora.

MONT. Cuando salgamos de aquí Suárez y yo, la criticaremos muy duramente.

SUÁREZ Para eso no cuente usted conmigo, General.

FLORA Gracias, amigo Suárez.

DUQUE Son deliciosas esas nuevas pastas que nos han servido esta tarde.

SUÁREZ En efecto: no las he comido más ricas.

FLORA Pues se deben a mi pobre inventiva.

MONT. ¡Oh!

PINO Muy bien.

SUÁREZ ¿Y como se llaman?

DUQUE ¡Qué preguntas, amigo Suárez! ¿No está usted oyendo que se deben a su inventiva? ¡Cómo se han de llamar!... Pastas Floras. (Risas.)

SUÁREZ Yo hablaba en serio, señor Duque.

MONT. No son las siete, ¿verdad? Porque sentiría llegar tarde...

FLORA Pierdan cuidado; yo les avisaré.

SUAREZ (Tomando un libro de sobre la mesa.) Tengo tiempo de charlar un ratito con mi admirable paisana Santa Teresa. ¡Qué talento de mujer! No me acuesto nunca sin haber leído algo de ella. (Se sienta.)

DUQUE (Aparte a Flora.) Hoy piensa dormir acostado.

PINO (Sentándose.) Si tuviera usted catorce hijos como yo, no leería versos. (Bosteza.) ¡Me ha dado una noche el U-7!

FLORA ¿Cómo?

PINO Le llamo así porque el tercero de mis hijos se llama Urbano, el quinto Ubaldo y Ulpiano el séptimo: y yo le llamo el U-3, el U-5 y el U-7, que es lo moderno. (Ríen.)

DUQUE Veo que no le falta el buen humor.

PINO Eso nunca. Yo digo lo que aquel: «En casa no comemos, pero nos reimos muchísimo.»

MONT. ¡La verdad es que es una carga, amigo Pino!...

PINO Figúrese, catorce; para vestirlos y calzarlos y educarlos tengo que hacer una de equilibrios... Cuando me muera espero que algún humorista escriba en mi lápida: Aquí yace el pobre Pino, magistrado y equilibrista que se pasó la vida haciendo pinitos. (Ríen.)

SUÁREZ (Serio como siempre.) No me ha hecho gracia. (Lee.)

PINO ¡Bah! (Bosteza.)

MONT. (Abriendo el album de fotografías que hay sobre la mesa.) Voy a dar mi paseíto por Italia. ¡Oh!

¡Qué hermoso es el Coliseo!... (Hojea el album bostezando. Durante el diálogo que sigue entre el Duque y Flora, Pino, Suárez y Montoya adoptan cómodas posiciones y de una manera disimulada y correcta se entregan al sueño. A ello contribuye la semi oscuridad de la habitación cada vez más pronunciada.)

DUQUE (Que está sentado junto a Flora en un extremo de la escena.) Estoy pensando que es una solemne tontería dejar para mañana lo que hoy mismo puedo decirle. Sí, Flora; es preciso que hablemos muy largamente de algo que a los dos interesa y que está en el ánimo de ambos.

FLORA Si la conversación ha de ser muy larga, le recuerdo que faltan unos minutos para las siete y a esa hora debe usted recoger a sus hijas.

DUQUE Es cierto.

FLORA No quiero que por mi culpa las haga usted esperar.

DUQUE Crea usted que me contraría.

FLORA Si tanto desea usted que hablemos, hoy mismo podemos hablar de sobremesa.

DUQUE ¡Oh!

FLORA Esta noche come ya conmigo esa señorita que en lo sucesivo ha de acompañarme; puede usted, si no tiene un compromiso anterior, acompañarme también.

DUQUE Con muchísimo gusto, amiga mía. Me proporciona usted con esta inesperada invitación la más grande de las alegrías. Voy en un salto a recoger a las chicas, cambiaré de ropa, que es lo correcto, y antes de las nueve estaré aquí. (Al mismo tiempo que se levanta el Duque entra por el foro derecha Gabriela.)

FLORA Aquí tiene usted a mi nueva amiga, porque no otro nombre he de darle. La señorita de Santa Cruz.

DUQUE (Saludándola muy reverencioso y una chispita encandilado.) ¡Oh! Reciba usted mi bienvenida más cordial, señorita.

FLORA El señor duque de Torralta. (Gabriela se inclina.)

DUQUE (Examinándola y dándola sobresaliente.) (Es una chiquilla adorable.)

FLORA ¿Qué le ha parecido su cuarto?

GAB. Una idealidad, señora; demasiado para mí.

FLORA ¿Quiere usted callar? Ahora la presentaré a los amigos que forman mi pequeña tertulia.

DUQUE Sí, cuando se despierten. ¡Oh! No crea usted que duermen, no; es que se abstraen. (Ríen Flora y Gabriela.) (Es monísima.)

FLORA Tengo yo la culpa. Está la habitación tan oscura... (Enciende la luz.) En cuanto se enciende la luz vuelven de su apoteosis.

DUQUE Ni por esa. (A Gabriela.) Y no crea usted que esto es una excepción: se duermen lo mismo en todas partes. El General hasta montando a caballo echa las grandes siestas. Cuentan, no sé si será cierto, que dirigiendo unas maniobras se colocó en lo alto de un cerro, mandó que la infantería avanzara a paso ligero y se durmió. Y, es claro, hubo regimiento que llegó desde Carabanchel hasta San Sebastián. (Ríen Flora y Gabriela. Las risas despiertan a Pino, Suárez y Montoya. Los tres ven a Gabriela, comprenden que han hecho el ridículo y componen la figura y disimulan como pueden.)

MONT. (Hojeando el álbum.) (Creo que no lo han advertido.)

SUÁREZ (Leyendo a media voz con entusiasmo.)

Y tan alta vida espero,
que muero porque no muero...

(El Duque, Flora y Gabriela hablan aparte y ni los miran.)

PINO (Aparte a Suárez.) Oiga usted, ¿quién es esa mujer?

SUÁREZ (Idem.) Una criatura que... me río yo.

PINO ¡Caramba! ¿Que se ríe usted!

SUÁREZ (Muy serio.) Es una frase hecha.

FLORA (Dirigiéndose a ellos.) Perdonen ustedes, amigos míos; pero distraída no les he presentado a mi buena amiga la señorita de Santa Cruz. (Presentando.) El señor Suárez... El señor Pino... El general Montoya... (Saludos. Los tres se arreglan la corbata, se tiran del chaleco, se atusan el bigote y se ponen en plan de coqueteo sin dejar de mirar a Gabriela.)

MONT. Perdone, señorita, si al entrar usted no me he puesto de pie; pero yo soy un hombre distraidísimo.

GAB. ¡Por Dios! (Sigue hablando.)

SUÁREZ (Aparte al Duque.) Es lindísima

DUQUE (Idem.) Una cosa enorme.

FLORA Bueno, señores, son las siete. Hagan ustedes el favor de marcharse.

PINO Eso es echarnos.

FLORA Cada uno a su respectiva obligación.

MONT. (¡Qué lástima!... ¡Es encantadora!)

DUQUE (Despidiéndose de Flora.) Hasta luego. (A Gabriela.) Señorita. Tiene usted en mí un admirador más. Un admirador entusiasta.

GAB. (Con tristeza.) Muchas gracias, señor Duque.

MONT. (Despidiéndose de Gabriela.) Siento no tener veinte años menos, porque es usted verdaderamente encantadora.

GAB. Muchas gracias.

PINO ¿Se permite a un viejo con catorce hijos que eche un piropo?

DUQUE ¡Hombre!

FLORA ¡Señor Pino!

PINO (Estrechando la mano de Gabriela.) Deseo que tenga usted más confianza con nosotros para que no se deje las alas en su cuarto. (Gabriela sonríe.)

FLORA ¡Muy bien!

DUQUE ¡Muy bonito!

SUÁREZ (A Gabriela muy seriamente, pero comiéndosela con los ojos.) He tenido muchísimo gusto... ¡Muchísimo gusto! Yo siempre hablo en serio.

GAB. Gracias, señor.

SUÁREZ Hasta mañana, señora.

FLORA Hasta mañana. Adiós. (Al Duque a media voz.) Hasta luego. (Hacen mutis mirando a Gabriela.)

MONT. (¡Qué criatura!)

PINO (¡Qué mujer!)

DUQUE (Es un encanto.)

SUÁREZ (Lo dicho: es una mujer que me río yo.) (Mutis de los cuatro por la izquierda.)

FLORA Ha tenido usted un gran éxito entre mis amigos.

GAB. (Con cierta tristeza.) Más vale así.

FLORA ¿Quiere usted que leamos un poco?

GAB. Como usted disponga, señora.

FLORA Tome usted. (Le da un libro.)

EMILIO (Por el foro izquierda. Viene de smokin.) Bueno, querida tía: siento no acompañarla... (Al ver a Gabriela.) ¡Oh! Buenas noches.

FLORA La señorita de Santa Cruz; mi sobrino...

EMILIO (¡Menuda gachí!) Qué, ¿están ustedes de lectura?

FLORA Y no te vendría mal el escuchar algo de lo que ese libro encierra, porque trata de la virtud de las mujeres y del mayor escollo en que tropiezan.

EMILIO (Mirando por encima de Gabriela el título del libro y recreándose en ella de paso.) «Los peligros de la hermosura». No sabía yo que eso fuera peligroso.

FLORA Y tanto.

EMILIO Pues entonces estamos corriendo un grave riesgo en este instante (Sentándose.) En fin, oigamos algo de ese libro maravilloso.

FLORA ¿De verdad vas a escucharlo?

EMILIO Más que por el libro, por saber cómo leen los ángeles.

GAB. (Sin levantar los ojos.) (¡Válgame Dios!)

FLORA (A Gabriela.) Lea, hija mía, y no haga caso de este diablillo.

GAB. ¿Es aquí donde estaba usted, señora?

FLORA Justamente: esa es la señal.

GAB. ¿Empiezo?

FLORA Cuando usted guste.

EMILIO (¡Y hay que ver cómo está hecha!) (Durante la lectura no deja de mirarla de arriba abajo. Gabriela que lo nota se pone cada vez más nerviosa.)

GAB. (Leyendo.) «En el capítulo anterior hemos hablado de aquellas dos mujeres admirables que se llamaron Justa y Rufina y que han sido colocadas por la Iglesia en sus altares, por haber sabido hacer el sacrificio de su vida en aras de su recato; en este vamos a tratar de otra mujer no menos admirable: doña María Coronel. No hizo la noble esposa de don Juan de la Cerda, como las humildes alfareras sevillanas, el sacrificio de su existencia por defender su pudor; pero hizo otro, mayor tal vez: hizo el sacrificio de su hermosura. Perseguida por el rey don Pedro I de Castilla, se refugió en un claustro creyendo que aquel sagrado recinto la libraría de la persecución del cruel monarca. Pero hasta la misma casa de Dios la siguieron los impuros deseos del rey. Una

noche, cuando estaba sola en su celda leyendo a la luz de una antorcha su libro de oraciones, sintió abrirse la puerta y vió aparecer en ella como encarnación viva del pecado a aquel hombre a quien tanto temía. Estaba perdida sin remedio. Nadie podía socorrerla. «Ya es mía esa hermosura que tanto he codiciado» – dijo el rey.—«No,— contestó ella, – porque esta hermosura que así os enloquece desaparecerá antes que perteneceros.» Y aplicando a su cara la llama de la antorcha que ardía a su lado se la abrasó. (Empieza a temblarle la voz.) Aquel rostro de peregrina belleza quedó convertido en una llaga repugnante: la que había sido tenida por la más perfecta hermosura ya no era más que una especie de monstruo. . (Rompe a llorar nerviosamente.)

EMILIO (Acudiendo a ella.) ¿Qué es eso?

FLORA (Idem.) ¿Qué tiene usted?

GAB. (Reaccionando y procurando sonreir) Nada, no es nada.

EMILIO La ha conmovido la lectura...

GAB. Sí, pero ya pasó: ya estoy tranquila. Perdónenme. (Leyendo.) La que había sido tenida por la más perfecta hermosura, ya no era más que una especie de monstruo... (Telón rapidísimo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. Es de día

—

(Al levantarse el telón están en escena FLORA, EMILIA y DONATO. Este último subido en una escalera descuelga el retrato del señor Peralejo y cuelga en su lugar un cuadro de San Francisco.)

DON. La señora me dirá si está bien.

FLORA Empújele un poco hacla la derecha. Así. Muy bien! (Donato baja de la escalera.) Cuelgue usted ahora este retrato en el cuarto del señorito y en el sitio que le indiqué. (Donato hace mutis por el foro izquierda llevándose la escalera y el cuadro.)

EMILIO (¡Pobre Peralejo!)

FLORA (Dejándose caer en una butaca.) Estoy verdaderamente cansada.

EMILIO De manera, queridísima tía, que mañana es la boda.

FLORA Mañana. Qué, ¿no te animas?

EMILIO Dice Guiomar que tres bodas en un mismo día son muchas bodas.

FLORA ¿Eh?

EMILIO Hemos decidido aplazar la nuestra hasta la primavera.

FLORA ¿Has dicho tres bodas?

EMILIO ¡Ah! ¿Pero no sabe usted las últimas noticias? Pues sí, señora, casamos a Mencía. Bueno, todavía no es cosa hecha, pero lo será; tengo la seguridad más completa.

FLORA ¿Y con quién se casa?

EMILIO Agárrese usted bien porque la noticia es como para perder el equilibrio; con Suárez.

FLORA ¿Qué estás diciendo? (Ríe.)

EMILIO Ya comprenderá usted que esta boda es cosa mía.

FLORA Cuéntame, hombre, cuéntame, porque eres el propio Lucifer.

EMILIO Un cojuelillo, nada más. Ya verá usted. Yo me dije, puesto que no puedo casarme con las dos hijas del Duque, porque la bigamia, aunque muy tolerada, no está admitida oficialmente, necesito casar a Mencía, porque Mencía o tenía que vivir con ustedes o con nosotros, y cualquiera de las dos cosas era para todos molesta.

FLORA Claro.

EMILIO Como Mencía cifraba su principal aspiración en casarse con un hombre muy rico, sin reparar en pelo ni alzada, me acordé de Suárez, y bueno, me las he arreglado de un modo, que los caso. (Ríe Flora.) Mi papel no es muy lucido que digamos, pero el fin justifica los medios. Ayer tarde han tenido una entrevista cordialísima en el Ritz; muy divertido, y esta tarde tendrán aquí otra no menos cordial, con declaración por parte de Suárez, aceptación por parte de Mencía, fijación del día de la boda por parte de ambos y cuando luego declare el Duque solemnemente el secreto a voces de la boda de ustedes, Suárez y yo haremos también público el secreto a gritos de nuestras relaciones con las hijas del Duque, y será el té de esta tarde un té folletinesco, algo así como el último capítulo de una novela baratita. ¿Qué le parece a usted?

FLORA Que me tienes de tu parte para cuanto sea necesario. Tu boda me alegra muchísimo y no deja de alegrarme la de Mencía que, en efecto, resuelve muchos problemas.

EMILIO Muchos, tía Flora.

FLORA Y después de todo no casa mal la muchacha. Claro que Suárez la dobla la edad.

EMILIO La dobla en tres pedazos, pero como después de doblarla la envuelve en billetes de a mil pesetas, que es lo que ella busca...

FLORA Sí, pero mira que tener que vivir al lado de Suárez...

EMILIO ¡Bah! Es el prototipo del idiota inofensivo. (Con cierto retintín.) Carece de la... corrección del Duque, pero tiene en cambio la seriedad del burro. Ya se acostumbrará.

FLORA Sé por el propio César, que Guiomar y tú os entendeis a las mil maravillas.

EMILIO Es una muchacha muy inteligente.

FLORA Pero, ¿tú la quieres?

EMILIO ¡Pchs! Quererla, no. La estimo, y es suficiente; qué digo suficiente, es lo necesario para que en el matrimonio haya paz. El cariño es el único elemento perturbador del matrimonio.

FLORA ¡Por Dios! ¡Qué teoría! ¡Pobres mujeres! (Levantándose.) Bueno, voy a ver como va el adorno de la capilla.

EMILIO ¿Quién la arregla, Gabriela?

FLORA No; Clarita Enciso.

EMILIO No he visto hoy a Gabriela. ¿Está peor su madre?

FLORA Al contrario, está mucho mejor. La pobre ha tenido suerte. Todos aseguran que si ese ataque le da fuera de esta casa, hubiera sucumbido; pues en ninguna parte la hubieran cuidado ni asistido como aquí. Fué una gran idea la del Duque de traer a esta casa a la infeliz tullida, para que Gabriela estuviese contenta.

EMILIO ¡Oh, ya lo creo! Fué una idea genial.

FLORA En fin, hasta luego. Si alguien viene ya sabes donde estoy.

EMILIO Descuide le señora Duquesa.

FLORA No te burles. Mutis por la derecha.)

EMILIO (Sentándose.) ¡Gabriela, Gabriela!... Con esa sí que mi vida sería un infierno agradable.

SUÁREZ (Por la izquierda.) ¿Se puede? (Suárez viene de levita y mucho más peinado, rizado y atildado que en el acto anterior.)

EMILIO Adelante, querido Suárez.

SUÁREZ Perdone usted si me he retrasado unos minutos, pero no ha sido mía la culpa; se empeñó el peluquero en darme una loción de violeta y no era cosa de presentarme a medio locionar.

EMILIO Sí que viene usted que trasmina, y en punto a elegancia, no hablemos.

SUÁREZ Sigo al pie de la letra los consejos de usted. (Por la ropa que es bastante cursi y le cae muy mal.) Todo nuevo. Desde las botas hasta la corbata, primera postura.

EMILIO Eso, amigo Suárez; así.

SUÁREZ Bueno, qué; ¿sabe usted algo?

EMILIO Anoche estuve hablando con Mencía.

SUÁREZ ¿Y qué?

EMILIO Que ha entrado por uvas de una manera que asusta.

SUÁREZ ¿Cómo?

EMILIO Que la tiene usted metida en el saco.

SUÁREZ ¿Eh? No comprendo.

EMILIO Vamos, hombre, que está coladísima.

SUÁREZ Sin metáforas, querido Emilio. Usted sabe que yo soy tan serio como gráfico.

EMILIO Sin metáforas; que está enamoradísima de usted y que espera que esta tarde, con su declaración amorosa, la haga usted la más feliz de las mujeres.

SUÁREZ (Más serio que nunca.) Estoy muy contento. Muy contento.

EMILIO Se lleva usted una perla, amigo Suárez. Porque es una de las muchachas más serias que yo he conocido.

SUÁREZ Sí, ¿eh?

EMILIO Le hace usted cosquillas y llora, no le digo a usted más. Claro, que no quiere decir que sea una mujer fúnebre, ni muchísimo menos.

SUÁREZ Lo sé. Ayer me convencí de que que es una muchacha sesuda, circunspecta, lo que podríamos llamar una mujer grave. Y lo que más me encantó, habla sin mezclar esas agudezas que tanto me mortifican.

EMILIO Es verdad, sí, señor. Es una muchacha bastante grave, pero no es aguda. Ahora, que yo creo, que en sus conversaciones con ella, debía usted animarse un poquito más el semblante, porque, caramba, tan serio usted, tan seria ella, va a creer la gente que no hablan ustedes de amor, sino de alguna operación hipotecaria o quirúrgica.

SUÁREZ Procuraré animarme, aunque no deja de serme difícil.

EMILIO Alguna sonrisita, amigo Suárez.

SUÁREZ Bien quisiera, querido Emilio, pero es que no me salen. Ayer durante nuestra entrevista en el Ritz, estaba yo saboreando mi chocolate y me dijo ella demostrando una penetración nada vulgar: veo que le gusta a usted mucho el chocolate. Yo, que tenía la boca llena y no podía contestarle en el acto, intenté sonreir a guisa de asentimiento monosilábico, y qué cara no le pondría que creyó sin duda que me había mordido la lengua y me preguntó con una voz de arpegio: ¿Se ha hecho usted daño? (Ríe Emilio.) Y es que no me sale. Vea usted. (Hace una mueca horrenda.) No me sale.

EMILIO Pues hay que ensayar esa sonrisita, amigo Suárez.

SUAREZ Se ensayará. Estoy dispuesto a hacer cuanto usted me aconseje, porque en punto a galantería reconozco en usted a una suprema autoridad.

EMILIO No tanto.

SUÁREZ (Confidencial.) Qué, ¿Gabrielita?...

EMILIO Nada; es una virtud salvaje.

SUÁREZ ¿Sabe usted quién está también enamoradísimo de ella? El general.

EMILIO ¿Qué me dice usted?

SUÁREZ ¡Anda! La escribe cartitas con el pseudónimo de Orlando el furioso y la ha citado no sé cuantas veces, y en vista de que ella no acudía nunca, esta mañana, aprovechando una salida de Flora, ha venido a esta casa, sin duda para hablar con Gabriela.

EMILIO ¿Y le habló?

SUÁREZ No, porque Gabriela había ido a casa del Duque.

EMILIO ¿A casa del Duque?

SUÁREZ Y por su cuenta, que es lo peor, no de parte de Flora. ¿Qué le parece a usted el tal Duque? Ese sí que tiene un partido...

EMILIO ¿Y usted cómo está enterado de todo esto?

SUÁREZ Por Donato quo me tiene al corriente de cuanto ocurre. Ya comprenderá usted que si me tomo tanto interés es porque... ¡qué

diantre! A mí me tambien gusta la chiquilla y hay que estar a la que cae, amigo Emilio.

EMILIO ¡Vaya con el Duque y con Gabriela! Está bien. En fin, ¿quiere usted que juguemos unas carambolitas mientras vienen nuestras futuras señoras?

SUÁREZ Vamos; pero nada de chambas. Seriedad. A golpe cantado.

EMILIO Como usted quiera, hombre. (Hacen mutis por el foro izquierda.)

GAB. (Por el foro derecha. Entra en escena con cierta precaución, como si hubiera estado acechando el mutis de Emilio y de Suárez. Viene elegantemente vestida, un traje a ser posible con algo de gasas; ya se verá por qué.) ¡Por fin! (Hace sonar un timbre, una sola vez.)

DON. (Por el foro izquierda.) ¿Llamaba usted, señorita?

GAB. Sí, pero no a usted.

DON. Es que yo tengo muchos deseos de servirla.

GAB. (Secamente.) Gracias. En este momento no le necesito. Haga el favor de marcharse.

DON. (Dando un paso hacia ella y con mucha melosería.) ¿Pero es que nunca va usted a tener para mí ni siquiera una miradita de simpatías?

GAB. (Enérgica.) Vuelvo a decirle que se marche.

DON. (Viendo entrar a MARCELA por la puerta de la derecha.) A sus órdenes. (Vase.)

MARC. ¿Deseaba algo la señorita?

GAB. Oiga usted, Marcela: doña Clara Enciso está con la señora, ¿no?

MARC. Sí, señorita; están arreglando la capilla.

GAB. Bien; busque a doña Clara y dígale a ella sola, sin que los demás se enteren, que aquí la aguardo; que deseo hablarle ahora mismo. Ahora mismo.

MARC. ¿Le ocurre algo, señorita?

GAB. No, nada; muchas gracias. Vaya; búsquela, dígaselo.

MARC. En seguida. (Mutis por la puerta de la derecha.)

GAB. (Dejándose caer en una silla.) No tengo otro remedio. Sí. Estoy decidida. Sea lo que Dios quiera. (Queda ensimismada, abatidísima.)

CLAR. (Por la derecha.) ¿Qué es eso, Gabriela?

GAB. (Abrazándola.) ¡Señora!...

CLAR. ¿Eh? ¿Qué le ocurre? Me alarma usted, hija mía. ¿Sucede algo?

GAB. Una desgracia.

CLAR. ¿Para usted?

GAB. Para mí y... quizás mayor todavía para esta señora a la que tanto debo.

CLAR. ¿Para Flora? Hable usted pronto.

GAB. ¡Pronto!... ¿Usted sabe el rubor que me cuesta decirle?...

CLAR. ¿Eh? ¿Tiene usted algo de qué sonrojarse... o avergonzarse?

GAB. No, señora; pero a usted le habrá pasado alguna vez lo que me pasa a mí en este momento; que siente una la vergüenza que debía darle a los demás.

CLAR. ¿De qué se trata?

GAB. De muchas cosas En primer lugar de mi ángel malo; del sobrino de esta señora...

CLAR. ¿De Emilio? ¿Sigue la persecución de que me habló usted?

GAB. Aumenta; ha llegado a ser un asedio insoportable.

CLAR. ¡Ah! La pícara carne. Yo creo que con decírselo a Flora...

GAB. Ojalá lo hubiera hecho cuando usted me lo aconsejó. No quise darle ese disgusto y ahora ya el mal no tiene remedio.

CLAR. ¿Cómo?

GAB. Ha sido inútil todo lo que ha hecho usted por mí. Indudablemente Dios no quiere que yo viva tranquila al lado de mi madre. Tendré que volver a mi peregrinación por talleres y obradores, oyendo siempre la misma respuesta; «es usted demasiado bonita para ganar un jornal...» ¿Por qué no habré nacido monstruosa! ¡Cuánto más feliz sería!

CLAR. ¿Está usted loca, Gabriela? En esta casa, tendrá usted siempre donde ganarse honradamente la vida, sin riesgo para su virtud.

GAB. ¡Ay, señora, en esta casa, donde tan feliz era al lado de mi madre, es ya, donde me es más imposible realizar mi única aspiración: que me dejen ser buena.

CLAR. ¿Qué le ha ocurrido para que hable de ese modo?

GAB. Una cosa horrible.

CLAR. ¿Con Emilio?

GAB. Con el Duque.

CLAR. ¿Con el Duque?... ¡Dios me auxilie! ¿Pues no era el Duque tan bueno para usted?...

GAB. Eso pensaba yo. ¡Me había demostrado siempre tanta simpatía!... Era tan bondadoso, tan paternal para mí... El fué quien tuvo más empeño en traer a mi madre a mi lado... ¡Cómo no iba a parecerme bueno!... Precisamente por eso le busqué, para confiarle lo que ocurría. Para nadie es un secreto que va a ser el dueño de esta casa, que mañana va a casarse con la señora. ¿Quién mejor—me dije—para hacer entrar en razón a ese hombre?:.. Creyéndolo así, fuí a su casa esta mañana, pero en mala hora fuí.

CLAR. ¿Acaso se ha negado a prestarle este servicio?

GAB. Mejor hubiera sido mil veces.

CLAR. Pues, ¿qué le contestó?

GAB. Lo que no me atrevo a repetirle; lo que creo que va a quemar mis labios si lo digo... Me hizo una declaración de amor.

CLAR. ¡El Duque! ¡Sátiro! No hay duda que el lúbrico Satán ha roto sus cadenas.

GAB. Me dijo... No, no; yo no me treveré nunca a repetir sus palabras... Pero lo más espantoso no fué lo que me dijo, sino lo que me dió a entender. El se figuraba que yo había comprendido lo que significaba su protección; que yo aceptaba lo que me proponía; que estaba dispuesta a ser su... (Rompe a llorar.)

CLAR. ¡Gabriela!

GAB. ¿Dónde me ha traído usted, señora? Todavía voy a echar de menos la persecución de que era víctima cuando andaba por esas calles... Yo creo que aquéllo era menos cruel, menos mortificante...

CLAR. ¡Válgame la Santísima Virgen y el *Omnium Santorum!*

GAB. Entonces nadie llegó a proponerme una cosa como esta: que vendiese a mi bienhechora; que me valiese de su confianza para engañarle en el mismo hogar en que ella me había albergado y... ¿con quién?... Con el hombre que va a ser su marido; con el hombre que ya la traiciona, antes de serlo.

CLAR. ¡Qué horror, hija mía, qué horror! Tiene usted razón; eso es muy grave.

GAB. Tan grave, que me obliga a salir de aquí hoy mismo.

CLAR. Sí, sí; no va a ver otro remedio...

GAB. Y no solo perderé la felicidad que creía haber conseguido, sino que tendré que pasar por ingrata a los ojos de mi protectora.

CLAR. ¿Por ingrata?

GAB. ¿Voy a decirle a ella por qué la abandono? No: yo aborrezco las delaciones. Además de que sería una crueldad... Ella tiene su ilusión puesta en esa boda; no debo ser yo quien se la quite.

CLAR. Dice usted bien. Hay veces en que no se sabe lo que manda el deber.

GAB. Lo que a mí me impone ante todo es salir de aquí. Hágame usted el favor de ir a decir a la señora que venga, que la espero. Aquí podremos hablar a solas. Estoy decidida

CLAR. ¡Qué pena! Cuando tanto usted como su pobre madre habían visto de cerca el arco iris de la felicidad.

GAB. Dios no abandona a nadie del todo y en El tengo puesta mi única esperanza... ¡La última!

CLAR. ¿Cuál?

GAB. Que el pobre Luis haya encontrado en América el porvenir que ha ido a buscar.

CLAR. ¿Ha tenido usted carta?...

GAB. Esperándola estoy hace días.

CLAR. Pues ánimos. Llegará y su cariño le hará olvidar tantos amargos acíbares.

GAB. Dios lo quiera. El es el único que no me ofende cuando me dice que no le parezco fea.

CLAR. Corro a llamar a Flora. Adiós, hija mía.

GAB. Gracias, señora; muchas gracias.

CLAR. (Haciendo mutis por la derecha.) (¡Qué inmunda paradoja es la estirpe humana!) (Vase. Gabriela se sienta y queda pensativa, abismada.)

MONT. (Por la puerta de la izquierda. Al ver a Gabriela.) ¡Sola! La ocasión la pinta calva. (Se detiene en el umbral; se abrocha la levita; se cala el sombrero de copa inclinándoselo toreramente sobre la ceja derecha; se estira los puños, hace un medio molinete con el bastón, avanza pausadamente, adopta una postura

afectada y ridícula y dice a Gabriela.) Una pregunta.

GAB. (Levantándose confusa.) Perdóneme, señor; distraída...

MONT. (Indicándole por señas que no se disculpe ni interrumpa.) Una pregunta. Si un hombre rico, educado, en plena tercera juventud y separado de su esposa por antagonismo de caracteres, se acercase a usted respetuosa y apasionadamente, pretendiendo escribir en el album de su corazón un pensamiento o una cifra, ¿qué le respondería usted?

GAB. Le daría el album para que lo leyera, segura de que después de leerlo no intentaría escribir en él ni la cifra ni el pensamiento.

MONT. Pero...

FLORA (Por la derecha.) ¡Oh! ¡Bien venido, general!...

MONT. ¡Querida Flora!... (Saludos.)

FLORA En el salón de billar están Emilio y Suárez. Pase usted allí, que acto seguido seré con ustedes.

MONT. Hasta ahora, pues. (Haciendo mutis por el foro izquierda.) (He debido ir al grano y dejarme de rameos estúpidos...) (Vase.)

FLORA Me ha dicho Clarita que deseaba usted hablarme reservadamente.

GAB. Es cierto, señora.

FLORA Pues aquí me tiene usted, hija mía. Pero, ¿qué significa esa cara de contrariedad? ¿Tiene usted que decirme algo que la desagrada?...

GAB. Sí, señora.

FLORA ¿De qué se trata?

GAB. De algo muy triste para mí y que sentiría que lo fuese también para la señora, porque yo no quiero causarle el menor disgusto.

FLORA Me intranquiliza usted. ¿Qué es ello?

GAB. Decirle que me veo obligada a salir de esta casa.

FLORA ¿Eh? ¿Ha perdido usted el juicio? Comprenda usted, Gabriela, que yo no puedo consentir en cosa semejante. por lo menos sin una explicación.

GAB. Sepa usted, y esto deberá bastarla, que mi resolución no supone ni deslealtad ni falta de cariño. Respete mi silencio y no intente

retenerme. Crea usted que si permaneciese a su lado, usted lo sentiría más que yo.

FLORA Lo que yo sentiría ante todo, Gabriela, es que volviese usted indefensa y sola, a ese mundo donde tantos peligros le han rodeado y de los cuales está libre aquí.

GAB. ¡Qué error, señora! Aquí es donde me amenaza el mayor de los peligros. Por eso me voy.

FLORA ¿Qué dice usted?

GAB. Nada. No me obligue usted a hablar. Adiós, señora.

FLORA Yo necesito que hable usted, Gabriela. ¿Qué peligro es ese que puede amenazarle a mi lado?... ¡Vamos! Emilio sin duda.

GAB. Justo, Emilio.

FLORA Basta. Antes que salir usted de esta casa, saldrá él.

GAB. ¡Señora!...

FLORA Puede usted estar segura de que no volverá a molestarla.

GAB. Sí, pero... no es por Emilio únicamente; es también por...

FLORA ¿Por qué?

GAB. Porque debo irme, señora. No me detenga usted; se lo ruego.

FLORA Entonces ¿existe otra causa?

GAB. Sí, pero no puedo decírsela.

FLORA Ni yo puedo ignorarla, Gabriela. Es preciso que sepa qué peligro puede haber para usted viviendo aquí, bajo mi amparo. Hable usted: se lo pido.

GAB. No, no...

FLORA Se lo mando entonces. Usted tiene el deber de obedecerme. ¿Quién puede conspirar aquí contra su recato?

GAB. (Avergonzadísima.) El señor Duque.

FLORA ¡¡César!!

GAB. Esta misma mañana, en su casa, me ha dicho lo que le espantaría a usted si lo repitiera...

FLORA ¿Y para qué ha ido a su casa?

GAB. Para evitar a usted un pesar; para pedirle protección contra las asechanzas de Emilio.

FLORA ¡Ah!

GAB. Y me encontré con eso... ¡Con eso!

FLORA (Quedándose ensimismada.) ¡Incorregible! (Pausa.)

GAB. ¿Ve usted, señora, cómo hubiera sido mejor que no hablara?

FLORA (Tras un suspiro.) Es verdad.

GAB. Pero... no se aflija usted demasiado. Tal vez el mal no sea irremediable. Sobre todo, piénselo usted antes de romper la boda.

FLORA ¿Romper la boda? ¿Quién habla de eso?

GAB. (Asombrada.) ¡Ah! ¿Usted no cree?...

FLORA (Con naturalidad.) Por Dios, hija... A los hombres hay que perdonarles ciertas cosas... En lo que debemos pensar es en el pretexto que daremos para que salga usted de esta casa sin que nadie sospeche... Porque debe usted irse; eso sí.

GAB. Ya se lo dije.

FLORA Por supuesto que no por eso perderá mi protección ni mi cariño. Le seguiré pasando su sueldo.

GAB. Gracias en nombre de mi madre, señora. Lo acepto, mientras encuentro otra ocupación.

FLORA No; para siempre.

GAB. A mi edad no se tiene derecho á vivir de limosna. Un hombre se ha expatriado para trabajar por mí; yo debo esperarle trabajando también. Adiós, señora.

FLORA Adiós, hija mía.

(Mutis por el foro derecha.)

FLORA ¡Pobre Gabriela!... Y él... A pesar de los años continúa siendo el mismo de siempre. Después de todo... menos mal.

(Por la derecha entran en escena el DUQUE, GUIOMAR y MENCÍA.)

DUQUE Aquí la tienen.

FLORA (Agradablemente sorprendida.) ¡Oh!

GUIOMAR (Besándola.) ¡Señora!...

MEN. (Idem.) ¿Qué tal?

FLORA ¿Pero cómo tan temprano por aquí?

GUIOMAR Es que esta tarde, no es sólo papá el que tiene que hacer en esta casa.

FLORA ¡Ah, picaruela!... Ya caigo. (A Mencía.) Por cierto que me ha contado Emilio...

MEN. Lo de Suárez ¿no? ¿Está ahí?

FLORA Sí.

(Mencía larga una carcajada.)

DUQUE (Serio.) Mira, hijita; no es cosa de tomarlo a

chanza. Suárez es amigo mío, le debo... favores y no te perdonaría que cometieras con él alguna incorrección.

MEN. Pero, papá...

DUQUE Nada de juegos. Si estás dispuesta como dices a casarte con él, suprime las risas. Seriedad; mucha seriedad. Si no estás dispuesta a casarte, desengáñale, pero correctamente.

MEN. Sí estoy dispuesta a casarme, papá. Es que me río para desahogarme un poco. Como en su presencia tengo que estar con cara feroche... según lo convenido. Bueno, hoy lo enloquezco. He ensayado al espejo una cara, que fíjense ustedes. (Pone una cara patibularia y ríen todos.)

DUQUE (A Flora.) ¡No tiene fundamento!

GUIOMAR (A Flora.) ¿Y Emilio?

FLORA Está en el billar con Suárez. Ya sé que os entendeis muy bien.

GUIOMAR Sí, señora.

DUQUE Ea, pues al billar, al billar, que yo tengo que hablar con vuestra madre.

FLORA Por Dios; todavía no.

DUQUE ¡Falta tan poco!...

GUIOMAR Hasta luego.

DUQUE Mencía, mucha seriedad.

MEN. (Al Duque.) Fíjate. (Pone una cara patibularia.) Lo asusto.. (Vanse riendo por el foro izquierda.)

FLORA Son dos cascabeles.

DUQUE Bueno, hablemos de lo que interesa. Todo está corriente. Vengo de ver al Obispo y me ha ofrecido que estará aquí mañana a las diez en punto. Le he encargado que guarde el mayor secreto hasta entonces.

FLORA Yo también me he pasado la tarde arreglando el oratorio. Espero que estará a tu gusto.

DUQUE Muchas flores, ¿eh?

FLORA Muchísimas.

DUQUE Y nada más, por supuesto.

FLORA Nada más.

DUQUE Perfectamente. Eso es lo que pide el buen gusto. Vas entrando bien en tu papel de gran señora.

FLORA Todo se pega.

DUQUE Nuestro plan ha salido a pedir de boca. Esta

tarde comunicamos oficialmente a nuestros amigos la noticia y mañana la ceremonia. Hemos hecho lo que debíamos hacer; lo correcto... ¡Ah! Se me olvidaba, ¿mandaste pagar aquellas cuentecillas?...

FLORA Romero te dará los recibos. Treinta mil del joyero; ocho mil de no sé que letra; creo que cuatro mil de la modista..

DUQUE He tenido que hacer tantas cosas a las chicas... Pero ya se acabó. Son las últimas.

FLORA No me des explicaciones.

DUQUE Correctísima.

FLORA (Con retintín.) En otras cosas es en lo que quisiera no tener queja.

DUQUE Pero, ¿tienes alguna, querida Flora? ¿No procedo siempre con la mayor corrección hacia tí?

FLORA Seguramente y serías completo si no te olvidaras alguna vez... ¿de qué diré?... De tu edad.

DUQUE ¿De mi edad?

FLORA No es esto llamarte viejo ¡líbreme Dios! me lo llamaría a mí, al mismo tiempo; pero, en fin cuando se tiene medio siglo, no pueden hacerse las cosas que se hacían a los veinte años.

DUQUE Evidente; pero vamos, no sé a qué viene este logogrifo numérico. ¿Quieres hablar con mayor claridad?

FLORA No me tendrás por celosa, ¿eh?

DUQUE ¿Qué dices?... Por Dios, Flora... Los celos no se estilan ya ni en las comedias. Son de pésimo gusto. Corrección, corrección ante todo.

FLORA Estamos de acuerdo. Además de que para ti, como para mí, pasó ya la edad de las pasiones violentas. Nosotros no podemos tenernos más que una excelente amistad.

DUQUE Eso es, precisamente, lo que yo quiero; una amistad franca, sincera, toda confianza.

FLORA Bien; pero la confianza hay que merecerla.

DUQUE ¿Acaso yo no te la inspiro?

FLORA Me la inspirabas absoluta, antes. Ahora...

DUQUE (Serio.) ¿Eh? ¿Qué es eso? Si tienes algo que reprocharme habla con franqueza; no me gustan las medias palabras.

FLORA Pues bien, con franqueza, pero sin que veas en esto la más leve acusación, ¿quieres decirme con quién has hablado tú esta mañana?

DUQUE ¿Esta mañana?

FLORA ¿No ha ido a verte una mujer, joven y bonita?...

DUQUE (Sin poderse contener.) ¡Ah! ¡Gabriela!...

FLORA Justo. Gabriela.

DUQUE (Muy serio.) ¿Es pedirme cuentas?

FLORA (Procurando dulcificar la cara.) No, hombre, no, es decirte...

DUQUE (Cada vez más furioso.) ¿Me acechas? ¿Me espías? ¡¡Está bien!!

FLORA (Asustada.) Cálmate, César.

DUQUE ¿De modo que tú consideras un crimen el decirle a una mujer cuatro galanterías en broma sin la menor intención?... Si te figuras que estoy dispuesto a dejarme vigilar como un estudiante, te equivocas. Y te equivocas más aún si piensas que por casarme contigo voy a no poder permitirme ni darle una broma a una mujer, puedes desde ahora renunciar a la ilusión. Estoy decidido a... (Reponiéndose.) Pero, perdona. He subido mucho el diapasón. Yo detesto todo lo estridente. No sucederá más. Ya sabes que yo lo tolero todo menos las incorrecciones.

FLORA Te aseguro que no volveré a hablarte de este asunto. Tampoco habrá ocasión, puesto que Gabriela se va.

DUQUE ¿Qué estás diciendo? ¿Se va Gabriela?

FLORA Sí.

DUQUE ¿La has despedido?

FLORA Despedirla precisamente, no. Ella me ha facilitado el camino...

DUQUE Pero... ¿se marcha? Perfectamente. No sabes cuánto celebro que hayamos tenido esta conversación ahora. Por celos; por unos celos ridículos, impropios de nuestra edad y nuestra posición, echar a la calle a una pobre muchacha, que no había cometido otro pecado que el de quererte bien y haber venido a dar un poco de alegría a esta casa.

FLORA Te aseguro...

DUQUE Arrojar al arroyo, como a un perro, a una

inocente criatura, exponiéndola a los peligros de un mundo corrompido, lleno de hombres sin conciencia, sin freno...

FLORA ¡César!

DUQUE ¡Dudar de mí! ¡Suponerme capaz!...

FLORA ¿Pero es el que Gabriela se vaya lo que te ha disgustado de ese modo? ..

DUQUE Naturalmente. ¿Te habías figurado que yo iba a soportar?...

FLORA Tranquilícite entonces, porque eso tiene muy fácil compostura. (Hace sonar un timbre.)

DUQUE ¿Qué puedes hacer después de lo que has hecho?

FLORA Deshacerlo.

MARC. (Por la derecha.) ¿Señora?

FLORA Diga usted a la señorita Gabriela que tenga la bondad de venir un momento. Debe estar en su cuarto.

(Vase Marcela.)

DUQUE ¿Para qué la llamas?

FLORA Para pedirle aquí mismo, en tu presencia, que se quede.

DUQUE ¡Ah! Eso es otra cosa.

FLORA Pues no faltaba más, sino que por un asunto tan baladí, tuviéramos un disgusto serio.

DUQUE Sabes bien que las incorrecciones...

FLORA Ya se acabó. No se hable más de ello.

GAB. (Por el foro derecha.) ¿Me llamaba usted, señora? (Saluda al Duque con una respetuosa inclinación de cabeza.)

DUQUE Buenas tardes, Gabriela.

FLORA Sí, hija mía. La he llamado para rogarle que desista de su propósito.

GAB. No comprendo.

FLORA He hablado con el señor Duque y los dos creemos que no debe usted abandonar esta casa, donde tanto se la estima...

GAB. (Asombrada.) ¿El señor Duque le ha dicho? ..

FLORA Y yo comparto su opinión. Ninguno de los dos queremos que usted se vaya.

GAB. Pero eso no es posible.

DUQUE Lo que no es posible, es que vuelva usted a su antigua situación. No tiene usted derecho a eso; ni por sí misma, ni por su madre. Nada, vuelva usted de su acuerdo, porque

estamos decididos a no dejarla marchar. Es inútil cuanto intente usted. (A Flora, aparte.) (Tú la convencerás.) Conque lo dicho. Es usted nuestra prisionera. No la dejamos que se escape. (Bajo a Gabriela.) No sea usted ingrata, Gabrielita. (A Flora.) Hasta luego. (Mutis por el foro izquierda.)

GAB. ¿Qué significa esto, señora?

FLORA Más bajo, que pueden oirnos.

GAB. ¿Es verdad que usted desea que me quede aquí?

FLORA No hay otro remedio. El lo exige.

GAB. Pero ..

FLORA La vida impone a veces sacrificios muy duros.

GAB. ¿Para usted también?

FLORA Para mí, como para todos. Cuando se quiere llegar a ocupar cierta posición...

GAB. Perdóneme, señora, no sé lo que digo. Yo no puedo decorosamente seguir aquí ni un día más.

FLORA Sin embargo... yo le suplico...

GAB. No: usted no puede pedirme que me quede. Usted no puede pedirme una cosa que no es digna de ninguna de las dos y de usted menos todavía, porque al rogarme que permaneciera a su lado, se haría usted cómplice de la infidelidad del que va a ser su marido; le ayudaría usted misma a que la traicionase, a que la agraviase... ¡Sería monstruoso! Por Dios, no me pida usted eso, señora.

FLORA No me juzgue usted tan despiadadamente. Es quizá mi ventura la que está en sus manos.

DON. (Por la izquierda, trae una carta.) ¿Señora?

FLORA ¿Quién?

DON. Esta carta para la señorita Gabriela.

FLORA Bien. (Gabriela no se mueve. A un gesto de Flora, Donato deja la carta sobre la mesa y se va por la izquierda. Tras una pausa.) ¡Gabriela!

GAB. (Sin alzar los ojos del suelo.) ¡Señora!

FLORA (Persuasiva, suplicante.) No olvide usted que se trata de mi felicidad. Y no olvide tampoco, que su madre, el amor de su vida, no podrá estar en ninguna otra parte, tan cuida-

da, tan atendida como en esta casa. (Vase por el foro izquierda.)

GAB. ¡No!... ¡¡No!!... ¡¡¡No!!!... (Toma la carta de sobre la mesa.) ¡Suya!... (Entre alegre y nerviosa.) ¡De Luis! (Rompe el sobre precipitadamente.) ¡Dios mío!... (Sin atreverse a leerla.) Tengo miedo... Es la única esperanza de mi vida... (Lee, primero con cara de alegría, luego se va entristeciendo hasta romper a llorar.) ¡Me lo daba el corazón! ¡No encuentra!... ¡No encuentra! (Leyendo uno de los párrafos.) «Esto está peor que España, Gabriela mía. No encuentro; no encuentro, y, lo que es peor, voy perdiendo las esperanzas de encontrar...» (Llora.)

EMILIO (Por el foro izqnierda.) ¿Qué es eso, Gabriela?

GAB. (Levantándose miedosa.) ¡Emilio!

EMILIO ¡Usted llorando!

GAB. Sí: déjeme; se lo suplico.

EMILIO Dejarla cuando sufre, sería inhumano, Gabriela. (Acercándose a ella.) Una mujer que llora es digna de doble atención.

GAB. (Retrocediendo.) Y de doble respeto.

EMILIO (Recogiendo el sobre de la carta y examinándole.) ¡Ah! Vamos: carta de América... ¿Pero es que va usted a ser fiel eternamente a un hombre que se ha ido tan lejos; que no se sabe ni si volverá?

GAB. La fidelidad no vive en la esperanza, sino de sí misma. Si yo supiera que ese... hombre no había de volver jamás, seguiría siéndole fiel.

EMILIO Crea usted que me da pena el ver que una muchacha tan acreedora a ser feliz como usted, se amargue la existencia por revestirse de esa cota de acero que usted llama virtud.

GAB. Vuelvo a suplicarle, Emilio...

EMILIO Vamos a ver, sea usted razonable, Gabriela. En la vida hay algo más que tristezas y sinsabores.

GAB. Lo sé: y me consuela el pensar que hasta para los más desgraciados llega siempre algún dia de ventura.

EMILIO ¿Pues a qué esperar que la ventura llegue? ¿Por qué no ir en su busca? No hay que ser como la oruga, que para llegar a la flor tie-

ne que clavarse las espinas del tallo; hay que ser como la abeja, que se posa en la flor sin saber que hay espinas. ¿Por qué se empeña usted en ser desgraciada? Compare usted su existencia triste, difícil, llena de inquietudes y zozobras, con la vida fácil, alegre, halagüeña, de alguien de su familia.

GAB. De mi hermana, ¿verdad?

EMILIO De su hermana.

GAB. Por ser ella lo que es, soy yo, lo que soy. Ella tendrá todo lo que usted dice y más, pero si no se le ha secado el corazón, no dude usted de que me envidia un bien que ella no tiene y yo sí: el cariño de la pobre vieja que nos dió la vida a las dos. Estoy segura de que muchas veces cambiaría con gusto todos sus encajes y todas sus perlas, por algo que yo, la desheredada, tengo todos los días, apenas abro los ojos... ¡por un beso de mi madre!

EMILIO Lirismos y siempre lirismos. Su madre...

GAB. No me perdonaría jamas que yo faltara a a mi deber, como no se lo ha perdonado a ella.

EMILIO Todo se perdona y todo se olvida, Gabriela. Ya ve usted mi tía, después de haber sido... lo que fué, se casó para ser millonaria y ahora va a casarse para ser duquesa. La vida de la mujer de talento debe ser así. Cuando joven y hermosa, aspirar a ser millonaria, luego de millonaria, aspirar a ser noble y que la admitan en todas partes.

GAB. (Asombrada.) ¿De modo que su tía?...

EMILIO Hoy es una señora llena de virtudes, pero hace años, muchos años, cuando era joven, fué...

GAB. (Con amarga ironía.) Siga usted; siga usted... No sabe el placer con que le escucho. En este momento ya no es usted mi ángel malo, tal vez sea mi salvador. Yo necesito oir decir esas cosas: que todo se olvida; que lo mismo da cumplir los deberes que pisotearlos; porque voy sospechando que todas mis desventuras no tienen más que una causa: haberme empeñado en una insensatez, en

una locura: en querer vivir en el mundo y ser buena, y la realidad me demuestra a cada instante que no lo debo ser, o lo que es peor... ¡que no vale la pena de serlo!...

EMILIO (Acercándose a ella, persuasivo, amoroso.) Sí, Gabriela, sí: debe usted pensar así siempre. La vida es gozar, reir, disfrutar de la juventud, anhelar y conseguir la riqueza. Viva usted esa vida: nazca usted a ella, pero nazca usted a esa vida... en mis brazos, no en los del Duque. (La intenta abrazar.)

GAB. (Retrocediendo como una leona.) ¡Miserable!

EMILIO ¡Gabriela!

GAB. ¡Váyase, déjeme!...

EMILIO No se exalte usted de ese modo. La indigción la desfigura. Cuando habla usted así, casi se pone usted fea y es una lástima.

GAB. (Exaltadísima, como loca.) ¡Fea!... ¡¡Fea!!... ¡Le he parecido a usted fea!... ¡Qué alegría, Dios mío!...

EMILIO ¿Eh?

GAB. ¡Ser fea! Fea para usted y para todos... ¡Vivir olvidada, feliz, viendo miradas tranquilas y no relámpagos de codicia. ¡Fea, sí, fea, horrible, monstruosa!... ¡Qué alegría!... ¡Qué felicidad!... ¡Qué grande, qué grandísima felicidad!... (Hace mutis con estas últimas palabras por el foro derecha.)

EMILIO ¡Qué lástima! Es una mujer que merecía tener un poco más de talento. Pero es tonta. No sabe lo que le conviene.

PINO (Por la izquierda.) ¡Querido Emilito!

EMILIO ¡Hola, señor Pino!

PINO Hombre, celebro muchísimo encontrarle a solas, porque tengo que hacerle una consulta.

EMILIO ¡Caramba!

PINO Vamos a ver, ¿a las viudas que vuelven a casarse, se les regala?

EMILIO No, señor; no es costumbre...

PINO Me ha matado usted.

EMILIO ¿Eh?

PINO Acabo de comprar para su tía de usted un barómetro de despacho.

EMILIO ¡Amigo Pino! ¿Y un barómetro?

PINO ¿Es acaso de mal gusto?...

EMILIO Siempre es de poco gusto el regalar un barómetro, pero en este caso es poco menos que una ofensa. Parece que es decirles, ahí os mando eso, porque como van ustedes a salir a tormenta diaria...

PINO Pues es verdad.

EMILIO Nada, no lo mande usted.

PINO El caso es que deben haberle traído ya Menos mal que yo no llevaba tarjeta y sólo dije en la tienda, que lo lleven a casa de la viuda de Peralejo.

EMILIO En ese caso con no decir nada...

PINO Es verdad; con no decir nada... Bueno. Usted me hará también el favor de guardar el secreto.

EMILIO Pierda usted cuidado.

PINO ¡Qué tontería, hombre! ¡Haberme gastado dieciocho pesetas! Y no crea usted, es bonito, es de madera, muy bien barnizado, de esos que tienen hechura como de una guitarra... ¡Qué lástima!

EMILIO ¿Se ha enterado usted de lo de Suárez?

PINO Sí: ya sé que ha escrito a Gabriela ofreciéndola una villa en Zaraúz.

EMILIO ¡Ah! ¿También?

PINO Ha sido idea mía, porque como a mí la muchacha me agrada muchísimo y yo veraneo en Zaraúz todos los años...

EMILIO No está mal, pero en fin, yo me refería a las relaciones de Suárez con Mencía, la hija de Torralta.

PINO ¡Suárez en relaciones!... (Rompe a reir a carcajadas.)

EMILIO ¡Calle usted, que aquí vienen!

(Por el foro izquierda entran en escena FLORA, GUIOMAR, el DUQUE y MONTOYA; luego SUÁREZ y MENCÍA.)

DUQUE ¡Querido Magistrado!

FLORA ¡Señor Pino!

PINO Saludos a todos. (Saludos.)

GUIOMAR (A Emilio.) ¿Pero qué hacías aquí?

EMILIO (Por Suárez y Mencía.) Chica, tuve que huir del billar porque viendo a esos, no podía aguantar la risa y he temido meter la pata. Qué, ¿se han arreglado ya?

GUIOMAR Sí. (Continúan hablando.)

PINO (A Suárez.) Aunque usted no quiera, muy buenas tardes.

SUÁREZ (Muy serio.) Muy buenas tardes.

PINO (A Mencía.) ¡Señorita!...

MEN. (Tan seria como Suárez.) Muy buenas tardes.

(Suárez y Mencía se sientan a la izquierda, Emilio y Guiomar hablan de pie en el foro, y los demás forman grupo a la derecha.)

GUIOMAR (A Emilio.) Fíjate en la cara de mi hermana.

EMILIO Da miedo, en efecto.

SUÁREZ (A Mencía.) ¿Cree usted que será poco serio que nos hablemos de tú?

MEN. El tú es siempre menos serio que el usted, pero puesto que estamos de acuerdo y hemos nacido el uno para el otro, creo que debemos tutearnos en vez de «ustearnos» como dice Clarita Enciso.

SUÁREZ ¿Dice ustearnos esa señora?

MEN. Sí.

SUÁREZ (Más serio que nunca.) Pues tiene gracia.

MEN. (Idem de ídem.) Mucha gracia.

SUÁREZ (Idem.) Muchísima gracia.

MEN. (Idem.) Muchísima gracia.

CLAR. (Por la derecha. Trae muy envuelto en papel de seda el barómetro descrito por Pino. Un barómetro de lo más vulgar y ramplón, de dieciocho pesetas.) ¡Ay! Ustedes disimulen: mil perdones. Creí que no había aquí nadie. ¡Quietos! ¡Siéntense, por Dios! No olviden que no soy nadie. Absolutamente nadie.

FLORA (A Clarita.) Qué, ¿está eso terminado?

CLAR. ¡Y con qué éxito, amiga mía! Acabo de hacer la prueba de la luz y aquello es un ascua incandescente. ¡Cuánta flor; cuánta Osram!... Resulta un oratorio fantástico o... mil y uninochesco.

DUQUE ¡Oh!

FLORA Ya sabía yo a quién encomendaba el asunto.

CLAR. ¡Por Dios, Flora, que me avergüenza usted! ¡Ah! Por la puerta de servicio han traído esto para usted de «La Córnea maravillosa» esa tienda de óptica de Miró, Quevedo y Compañía.

(Pino se echa a temblar.)

FLORA ¿Para mí?

CLAR. Sí: lo ha traído un joven rubio, casi albino, diciendo que era un regalo que le hacía a usted un caballero con motivo de su segunda nupciata.

FLORA ¿Eh? (Toma el paquete.) ¿Un regalo?

PINO (¡Dios mío, que caiga bien!)

DUQUE Es chocante.

FLORA (Desenvolviendo el barómetro.) Es una broma de mal gusto.

DUQUE ¡Un barómetro!

MONT. ¡Sí que es un símbolo!

DUQUE Nunca falta en el mundo gente incorrecta.

CLAR. Diga usted mejor gente envidiosa, caballero. Cuando mi boda con Godoy, como entonces el pobre, aunque poco, veía algo, un mal nacido le regaló una lupa gigante.

MONT. Gigante, ¿eh?

CLAR. Las monedas de dos reales parecían amadeos.

DUQUE ¡Canalla! Algún día sabré quién es el autor de esta incorrección y tendré el gusto de patearle.

PINO (¡Caracoles!) Hombre, no hay que tomarlo así. A lo mejor lo han regalado de buena fe...

DUQUE ¿De buena fe va a regalar nadie esta porquería? Porque vean ustedes: es una porquería. (Lo enseña.)

PINO (No ha caído bien.)

EMILIO Lo más que ha costado son dieciocho pesetas.

(Pino mira a Emilio deseándole la muerte.)

DUQUE ¿Ha visto usted, amigo Suárez? (Se lo enseña.)

SUÁREZ (Examinándolo.) Una porquería: como que es de pino.

PINO ¡Falso!

SUÁREZ Sostengo que es de pino barnizado.

PINO ¡Ah! Es que creí.. que... usted perdone.

DUQUE Esta porquería sólo merece este desprecio. (Lo tira lejos y se hace añicos.)

PINO (¡No ha caído bien!)

FLORA Olvidemos este incidente sin importancia. Si quieren ustedes tomaremos el té aquí mismo.

DUQUE Como gustes.

(Flora hace sonar un timbre.)

SUÁREZ (A Mencía, tan serio como siempre.) ¿Quieres té, tú?

MEN. (Idem.) Sí; ¿y tú?

SUÁREZ Como tú. (Procura sonreirle y pone la cara espantosa de siempre.)

MEN. (Asustada) ¿Eh? ¿Qué te ocurre?

SUÁREZ (Con voz cavernosa y emocionada.) Que me extasío contemplándote.

FLORA (Haciendo sonar el timbre de nuevo.) Es raro, ¿qué estarán haciendo esas criaturas?...

CLAR. ¿Quiere usted que avise?...

FLORA No faltaría más. (Vuelve a llamar.)

EMILIO Aguarda, tía: se oyen voces en la escalera de servicio.

FLORA ¿Ocurrirá algo?

MARC. (Muy nerviosa, por el foro derecha.) Perdone la señorita... No podía venir... Es que ha ocurrido una desgracia.

TODOS ¿Eh?

FLORA ¡Dios mío!

MARC. No se asuste la señora: por fortuna ha podido ser evitada.

FLORA ¿Pero qué ha sucedido?

MARC. Que la señorita Gabriela ..

FLORA ¿Eh?

MARC. No se sabe cómo, se le prendió fuego al vestido y gracias a nuestra pronta intervención no ha muerto abrasada.

CLAR. ¡Jesús!... (Vase por el foro derecha.)

FLORA (Dejándose caer en una silla.) ¡Virgen Santa!

MARC. Por fortuna todo se ha reducido a un susto muy grande para todos.

FLORA ¡Gracias a Dios!

DUQUE Pero, ¿qué hacía esa muchacha para?...

SUÁREZ Eso, ¿cómo ha sido?

MARC. No se sabe, señor. Ni ella lo ha dicho, ni nadie se lo explica.

FLORA (Mirando a los demás y subrrayando nerviosamente las frases.) ¡Nadie se lo explica!... ¡Infeliz criatura! Unicamente el fuego, el verdadero fuego ha sabido respetarla.

(Todos ellos avergonzados bajan la cabeza o se hacen los distraídos.)

GUIOMAR (Mirando hacia el foro derecha.) Aquí llega.

MEN. ¡Pobrecilla!

(Entran GABRIELA y CLARITA.)

FLORA ¡Gabriela!

GAB. Perdón, señora .. Me voy de esta casa y acepto por ahora el auxilio que me ofreció. Luego vendrá doña Clarita a recoger a mi madre.

FLORA ¿Pero adónde va usted?

CLAR. A mi casa, Flora. Mi marido... es ciego.

FLORA (Besando a Gabriela.) Ha querido usted imitar a doña María Coronel.

GAB. Dios no ha querido que lo sea. (Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.
El contrabando, sainete. (Décima edición).
De balcón á balcón, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.
El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Sexta edición.)
La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.
El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.
Una lectura, entremés en prosa.
Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.
El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.
A prima fija, entremés en prosa.
El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.
Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.
Mentir á tiempo, entremés en prosa.
El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
El fotógrafo, juguete cómico en un acto.
El jilguerillo de los Parrales, sainete en un acto.
La neurastenia de Satanás, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.
Mari-Nieves, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
Tentaruja y Compañía, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.
¡Por peteneras!, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)

La canción húngara, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.
La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.
El medio ambiente, comedia en dos actos.
Coba fina, sainete en un acto. (Segunda edición.)
Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)
La nicotina, sainete en prosa.
Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.
El modelo de Virtudes, juguete cómico en dos actos.
López de Coria, juguete cómico en dos actos.
El bien público, sátira en dos actos.
El milagro del santo, entremés en prosa.
El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.
El Pajarito, comedia en dos actos.
El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.
Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.
Pastor y Borrego, juguete cómico en dos actos.
La niña de las planchas, entremés lírico.
Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.
Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.
El roble de «la Jarosa», comedia en tres actos.
La frescura de Lafuente, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
La casa de los crímenes, juguete cómico en un acto.
La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.
La Remolino, sainete en un acto.
Lolita Tenorio, comedia en dos actos.
Los que fueron, entremés en prosa.
La escala de Milán, apropósito.
La conferencia de Algeciras, apropósito.
El verdugo de Sevilla, casi sainete en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)
Doña María Coronel, comedia en dos actos.

PRECIO: 1,50 PESETAS